
7-X
POLIZON EN
EL ESPACIO
EDWARD WHEEL
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

EDWARD WHEEL

POLIZON EN EL ESPACIO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 1905.—1961.
Número de registro : 3514.—1961.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA

Polizón en el espacio

EDWARD WHEEL

CAPÍTULO PRIMERO

John Lathers se incorporó ligeramente en el mullido asiento del avión y echó un nuevo vistazo por la ventanilla que tenía a su derecha.

Por espacio de unos minutos su aguda mirada intentó taladrar la negrura de tinta que afuera se extendía. Todo fue inútil; las tinieblas envolvían al avión de tal manera, que semejaba estar sumergido en algún remoto abismo, en el que la oscuridad y el silencio imperasen por doquier.

Al fin, con un leve encogimiento de hombros, se dio por vencido y volvió a su anterior posición, quedando sumido de nuevo en sus pensamientos.

En realidad, en el transcurso de las diez largas horas que duraba ya el viaje, no había hecho otra cosa que pensar, pensar y repetirse una y otra vez que este viaje era el más aburrido de cuantos hiciera en su vida.

Por un raro proceso de ideación, revivió en su mente, con nítida

claridad, la escena que tuvo lugar cuatro años antes:

El director del servicio secreto le expuso, entonces, los motivos por los cuales había requerido su presencia en Washington.

Recordaba todas y cada una de sus palabras:

«—Señor Lathers, le he hecho venir aquí para un asunto que, seguramente, le ha de interesar.»

A continuación, el que entonces era su jefe, se había extendido en un largo y complicado exordio. Durante él abundaron los elogios para John Lathers, por la labor que dentro del Servicio Secreto había realizado durante sus años de servicio. Al fin, cuando el agente se hallaba sumido en un verdadero laberinto de confusiones, le disparó una pregunta que, por lo inesperada, le hizo saltar en su asiento.

«¿Ha pensado alguna vez en la posibilidad de abandonar su actual profesión, señor Lathers ?»

La pregunta sorprendió a John en principio; después creyó entender que el prólogo de la entrevista y la pregunta del final, significaban que por alguna causa ignorada, el alto mando del Servicio Secreto, había decretado su expulsión del cuerpo.

Este solo pensamiento le produjo un insoportable malestar. El amaba al cuerpo a que pertenecía. Durante largos años, en su adolescencia, había suspirado por pertenecer a sus filas. Luego, cuando ya fue un agente más, se entregó a su tarea con todo el ardor de su carácter; era la ilusión de su vida. Para él no habían existido más placeres ni diversiones que los servicios que le fueron encomendados. En su vida sólo existieron dos grandes amores: su madre y el Servicio Secreto. Se sentía orgulloso de ser una pieza más en la vasta organización que, diariamente y en el mayor anónimo, combatía por el bienestar de su patria y, también, por el de la humanidad. Ahora, sin embargo...

«—Está equivocado en lo que piensa, señor Lathers—había proseguido su jefe con entonación grave y cariñosa a la vez—; como antes le he dicho, estamos satisfechos de sus servicios, más aún, yo me siento orgulloso de tenerle bajo mi órdenes y de que nuestro cuerpo esté integrado por hombres como usted—hizo una larga pausa, como preparándose a decir algo de mucha transcendencia y luego, prosiguió —: Los tiempos avanzan, y por ello, cada día se hacen más necesarios nuevos organismos que protejan, no ya a Norteamérica, sino a toda la humanidad, contra peligros que aumentan de día en día de forma rápida y alarmante. Por ello, ahora se va a crear un nuevo cuerpo, que podríamos llamar policiaco. Estará integrado por los mejores hombres de nuestra organización y algunas otras similares. Estos hombres, además de su condición de policías, deberán estar científicamente

preparados para las misiones que en el futuro les puedan ser encomendadas. Para preguntarle si desea ingresar en este organismo, le he hecho venir. Personalmente, desearía que aceptase. Pero, naturalmente, mi opinión no debe pesar en su ánimo, en absoluto. Debe decidir usted, solo, sin que su determinación, sea cual fuere, esté influenciada por opiniones extrañas.»

John Lathers, había contestado con una sola palabra:

«—Acepto.»

Y aquella simple afirmación le llevó una semana más tarde a Quantico, donde en unión de otros agentes escogidos, comenzaron unos cursos de capacitación que duraron dos largos años.

Durante ellos estudiaron un sinfín de temas a un ritmo impresionante. La mayoría versaron sobre astronomía, náutica, geología y mil cosas más que se les enseñaron, sin que a ciencia cierta supieran para qué les podrían servir.

Inmediatamente después, se les había metido en un avión que, en pocas horas, los transportó a un lugar ignorado, donde un hombre de aspecto inteligente y autoritario, les dio unas cuantas explicaciones:

—Caballeros, hace poco tiempo, algunos países vieron la necesidad imperiosa de crear un organismo competente que se encargase de llevar a efecto investigaciones concretas sobre esos «platillos volantes» que, desde una época que no podemos precisar, se han posesionado de nuestra estratosfera con fines desconocidos. De las negociaciones de estos países, nació la F.I.D.E. Siglas que quieren decir Federación Internacional de Defensa Exterior. Como principal misión, la F.I.D.E tiene encomendada la tarea de prevenir cualquier peligro de origen extraterrestre. Por lo tanto, lo primero que hemos de averiguar es la clase de seres que tripulan esos artefactos y sus intenciones. De esta organización yo tengo el honor de ser su presidente y por ello ustedes han sido traídos aquí, después del curso de capacitación que acaban de superar para que yo les imponga de las funciones que desde este momento les corresponderá a cada uno de ustedes. En primer lugar, he de decirles que, en este momento, han dejado de pertenecer a cualquier cuerpo u organización de la que hayan podido ser miembros. Están relevados de todos sus compromisos anteriores y de sus juramentos. Ahora son agentes de la F.I.D.E. y no tendrán más compromisos ni deberes, que cumplir con las órdenes que dimanen de mí. Creo innecesario advertirles que deberán anteponer su servicio a todo sentimiento u obligación. Todo nuestro mundo puede estar en un inminente peligro y nosotros debemos poner todos nuestros sentidos y voluntad en conjurarlo. Si alguno de ustedes cree que no podrá cumplir estos preceptos, está a tiempo de retroceder.

El presidente de la F.I.D.E. hizo una pausa y viendo que sus oyentes permanecían en sus respectivos puestos, sin decir nada, prosiguió:

—Ahora, cada uno de ustedes será destinado a los puntos que previamente les han sido designados. Su misión, al menos por ahora, es estrictamente policiaca. La parte científica estará a cargo de nuestros miembros especializados. Espero que pongan toda su entereza y tesón en el cumplimiento de su deber. Tanto para recibir órdenes como para transmitir sus informaciones se valdrán de una pequeña emisora que les será entregada.

Después de aquel discurso, fueron reintegrados al aparato que los había traído y tras un largo vuelo, fueron desembarcados en Washington, recibiendo cada uno de manos del piloto que los había conducido, un sobre cerrado.

John Lathers encontró en el suyo algunas órdenes aparte de una clave que en lo sucesivo utilizaría para sus informes a la F.I.D.E.

Como resultado de las órdenes contenidas en el sobre, él debería pasar a Francia, donde en calidad de agregado a la Embajada de los Estados Unidos en París, se dedicaría a recoger informaciones de varios científicos, que a su vez, debería trasladar a la base secreta de la F.I.D.E.

De esta manera habían transcurrido aburridamente varios años. Durante ellos, John Lathers echó de menos su vida llena de acción de otros tiempos.

Sin embargo, hacía veinte horas exactamente, su emisora le había dado un mensaje desconcertante y que puso punto final a la monotonía de su vida.

Ahora se veía en este turborreactor caminando hacia lo desconocido y maldiciendo en su interior de su destino, que no le proporcionaba más que tedio y aburrimiento.

Lentamente, el enorme aparato fue perdiendo altura y poco después los poderosos motores dejaron de rugir monorrítmicamente, cuando el gran pájaro de acero se deslizó suavemente por la bien iluminada pista de cemento.

En tierra le esperaba un hombre que se presentó a sí mismo con el nombre de Paul Donals.

Lathers estrechó, sin mucho calor, la diestra que el otro le tendía y contestó con monosílabos a las preguntas de cortesía que le hizo.

—Si le parece bien, señor Lathers, podemos ir a casa. Por esta noche tendré el honor de ser su huésped…

El joven recogió su maleta y le siguió sin rechistar. Estaba

habituado a aceptar las sugerencias de sus superiores como órdenes y no quiso perder tiempo pidiendo explicaciones.

Los dos hombres caminaron unos momentos en silencio.

Luego, Paul Donals, en un deseo de entablar diálogo, preguntó:

—¿Qué tal ha dejado París…?

—Si lo que desea saber es si me divertía allí, puedo asegurarle que me he aburrido soberanamente. No me agrada la vida monótona.

—Ya; le gustan las emociones fuertes, ¿eh?

—En honor a la verdad, le diré que sí. La vida en una ciudad, sin más obligaciones que hacer lo mismo durante largos años, me resulta agobiante y si me apura un poco le diré que hasta embrutecedora. No va con mi carácter.

Paul Donals sonrió ampliamente en la oscuridad. Las palabras del joven acababan de disipar la interrogante que durante días le había inquietado.

—Me agrada oírle hablar así. Precisamente he sido yo el que habló a míster Frank Wesley de usted. Le dije que era el más indicado para la misión que se le ha de encomendar. Es decir si usted la acepta. Pero a última hora me asaltaron algunas dudas, pensando en que pudiera rehusar, que no le interesase cambiar su plácida vida de París por una aventura incierta y llena de peligros.

El semblante de John Lathers se animó al oír esto.

—¿Tan peligroso es lo que desean de mí?

—Depende… Mañana, cuando hable con el director, le dirá de qué se trata concretamente.

—¿Con el director…?—se extrañó Lathers.

—Sí; es míster Frank Wesley, usted ya le conoce ¿no?

—¡Hum! Creo recordar a un señor que nos habló aquí mismo, cuando salimos de Quantico.

—El mismo, señor Lathers. Él le dará mañana toda clase de pormenores. Ahora no piense en esto y dediquémonos a cenar tranquilamente.

Llegaron ante una pequeña casa contraída a estilo colonial inglés y entraron.

A la mañana siguiente Lathers salió acompañado de Paul Donals.

Entonces, a plena luz del día, pudo reconocer el sitio donde se encontraba.

Recordó el grandioso edificio que allá, en el centro de las pequeñas residencias que lo rodeaban, levantaba su imponente mole, coronada por infinidad de aparatos y antenas de extraño aspecto.

Aquélla era, sin lugar a dudas, la N.1.0.3. La base supersecreta que la F.I.D.E. tenía en algún lugar ignorado de la tierra.

El joven solo había estado en aquel lugar una vez, cuando terminó el cursillo de ingreso en la organización. Nunca más había vuelto a pisar aquella base a la que tan íntimamente estaba ligado.

Ahora, allí de nuevo, se sintió intrigado. El sabía que el número de personas que conocían la existencia de la N.1.0.3. eran limitadísimas.

Los que conocían su emplazamiento, se podían contar con los dedos de una sola mano. Fuera del personal que allí trabajaba era casi imposible que nadie fuera llamado.

«—¿Qué finalidad tendría su presencia allí? —se preguntó.»

Su curiosidad empezó a ser satisfecha cuatro minutos después.

Acompañado de Donals, entraron en el gran edificio y tomaron un ascensor que los trasladó a las alturas en pocos segundos.

En el último piso abandonaron el vehículo y siguieron andando por un interminable pasillo, flanqueado por una serie de puertas esmaltadas de un color beige claro con rótulos llenos de incomprensibles signos.

Al final del pasillo les detuvo una gran puerta en cuyo rótulo se leía:

«Frank Wesley»

—¡Vaya! Al fin veo algo escrito en cristiano —comentó irónicamente Lathers.

Paul sonrió.

—En realidad, míster Lathers, todo está en «cristiano». Sólo es cuestión de entenderlo. ¿No le parece?

—¡Ya!—suspiró el muchacho.

—¿Pasamos?

—Supongo que para ello me han ordenado venir desde París.

Su acompañante dio unos golpecitos discretos en el esmerilado cristal.

—¡Adelante!—autorizó alguien desde dentro.

Paul abrió la puerta y anunció:

—Míster Wesley, el agente R. 21, John Lathers, espera ser recibido.

—Que pase.

El joven dio unos pasos y, de repente, se encontró en una enorme estancia que de momento no supo si catalogar como despacho o

laboratorio.

La pieza tenía de las dos cosas. Era rectangular; la luz entraba a raudales por los amplios ventanales y arrancaba millones de chispeantes destellos a la multitud de aparatos, evidentemente electrónicos que, en el fondo y costados de la sala, reposaban cuidadosamente colocados sobre mesas y estanterías.

El muchacho miró durante unos momentos, intrigado, sin comprender a qué extraño fin estarían dedicados todos aquellos deslumbrantes cachivaches. Volvió la vista hacia otro lado y, entonces, sus asombrados ojos tropezaron con una kilométrica mesa de despacho.

Detrás había un hombre sentado que le invitó a acercarse con un gesto.

El agente obedeció la indicación.

El director se levantó y tendiendo la mano en un gesto lleno de cordialidad, saludó:

—¿Cómo está usted, míster Lathers?

—Bien, señor. Gracias.

—Seguramente estará extrañado de que le hayamos hecho venir aquí. ¿Verdad?

—Confieso que estoy intrigado, señor.

—Ahora mismo voy a satisfacer su curiosidad; pero siéntese. Lo que tengo que decirle es un poco largo y complicado. Es preferible que estemos cómodos. Míster Donals, ¿le importaría preparar unas bebidas? ¿Qué prefiere usted, señor Lathers?

—Whisky, por favor.

Donals preparó las bebidas y después fue a sentarse en un sillón, junto al agente.

El director sacó de uno de los cajones de su mesa una lujosa tabaquera y con un gesto invitó a sus oyentes a fumar. Después él mismo tomó un aromático veguero (habano), le prendió fuego cuidadosamente, mientras se retrepaba en su sillón y su semblante adoptó un gesto de meditación.

Azuladas nubes de humo le envolvieron durante largos minutos. Una gravedad extraordinaria cubrió su rostro. Luego, empezó a hablar, con voz reposada:

—Hace nueve meses, aproximadamente, observamos que el número de artefactos extraños en nuestra estratosfera, crecía de forma alarmante. Incluso se vieron algunos aparatos, que por sus dimensiones les dimos el nombre de nodrizas. Sus dimensiones eran tan enormes que nuestra razón se negó a admitir que tales gigantes

pudiesen volar. Sin embargo, después de minuciosas investigaciones, llegamos a la conclusión de que no había error. Existían aquellos colosos del espacio en número que no pudimos precisar; sus diámetros oscilaban entre diez y quince kilómetros. En realidad, más que aparatos mecánicos, parecían cuerpos celestes que por alguna razón hubiesen evadido las leyes de gravitación universal. Danzaban de un lado a otro; unas veces se acercaban a nuestro planeta, otras se retiraban, a mayor o menor velocidad, pero de una u otra forma no abandonaban nuestro cielo. Durante meses estuvimos sumidos en un mar de dudas. Temimos que nuestro planeta fuese el objetivo de algún mundo que se preparaba a invadirnos. Por aquel entonces nuestra primera astronave estaba terminada. Era una nave con todos los adelantos técnicos que nuestra organización había conseguido. Fue construida aquí en la N.l.0.3. Su perfección era tanta, que los países más adelantados tardarán aún más de sesenta años en llegar a conseguir otra similar. Pero entonces, vino un nuevo problema. Pese a los adelantos de nuestra nave, comprendimos que pretender contrarrestar con ella a los ingenios mecánicos que nos cercaban, era una quimera. Nos encontramos tan inofensivos, como un soldado de la Edad Media se hubiese visto frente a un hombre de nuestros días armado con un desintegrador. Pese a todo había que intentar algo. La seguridad de la especie humana, de todo nuestro mundo, lo exigía. Lo exigía sin demora. Había llegado la situación a un momento tan crítico que los minutos eran preciosos. Yo, como presidente de la F.I.D.E. y por tanto el llamado a tomar decisiones, tuve que lanzarme a la acción, aunque sin esperanzas. Pedí voluntarios entre el cuadro de científicos que tengo aquí, para pilotar la Ivy I, así se llamaba nuestra nave. Sospechaba que con ello condenaba a muerte a un hombre y privaba a la F.I.D.E. y al mundo de una de sus primeras inteligencias. Cualquiera de los sabios que embarcase, sería un puntal de nuestra ciencia. Pero, por otro lado, aquella misión no podía ser resuelta satisfactoriamente más que por un hombre de ciencia. Había que recoger cuantos datos se pudiera sobre la construcción y funcionamiento de aquellos aparatos, energía que los impulsaba, seres que los pilotaban y sobre todo las intenciones que hacia nosotros abrigaban. Era una tarea de la que no podría salir victorioso más que un hombre de ciencia. Este hombre fue el profesor Ambrose Wood, la primera inteligencia de N.I.Q.3., el mejor científico del mundo, jefe de nuestro equipo de energía nuclear y constructor de nuestra primera astronave. Fue inútil que intentara disuadirle alegando que era más necesario aquí, donde reportaría más utilidad. Puso un razonamiento que me hizo callar:

«Alegó que él era especialista en cuestiones nucleares y diseñador de la «Ivy I» y por lo tanto nadie más capacitado que él mismo para

investigar los sistemas de aquellas naves. Tuve que acceder. El día veinte de mayo de este año, entró en la nave y media hora después fue lanzado al espacio. Los resultados, aquí los tiene. Esto le hablará con más claridad que mis palabras.»

Se levantó y, acercándose a un ángulo de la sala, pulsó un botón. Inmediatamente las ventanas fueron cubiertas por gruesas persianas, que dejaron la amplia habitación sumida en la oscuridad. Se oyó un nuevo clip y se iluminó una pantalla fluorescente donde apareció la imagen de un extraño aparato. Era a modo de una amplia esfera que estuviera rodeada en su diámetro mayor por un círculo toroidal. Aquello estaba posado en el suelo, descansando sobre una especie de calzos que le impedían rodar.

De pronto la vista cambió. Ahora se veía a un hombre de respetable aspecto dentro de una reducida cámara y rodeado por completo de tableros llenos de controles, computadores, esferas, y multitud de dispositivos que relucían en la semipenumbra de la cabina con destellos verdosos.

El hombre de la cabina miraba atentamente, como si esperara algo, a un sector situado frente a él, donde infinidad de cablecillos y pequeñas esferas ocupaban todo un tablero.

En su actitud se veía claramente que estaba dominado por la impaciencia.

Al fin, en la parte que vigilaba con tanta atención, se encendió una minúscula lucecita verde, que parpadeó intermitentemente durante unos segundos. Inmediatamente se apagó apareciendo en su lugar otra roja que dejó de lucir al estremecerse, ligeramente, el aparato. Entonces se vio al hombre mover algunos de los controles y sentarse tras una especie de ojo de buey parecido al de los buques. A través de este mirador se veían multitud de brillantes puntitos que, a medida que pasaba el tiempo, iban cambiando su color blanco por diferentes tonalidades. Llegó un momento en que aquello semejó un conglomerado de lámparas eléctricas, cada una de diferente color.

Lathers comprendió que estaba presenciando el mismo panorama que el profesor Wood, cuando fue lanzado al espacio. Aquellos puntitos, eran las estrellas que, al ser miradas sin la protección de nuestra atmósfera se veían en sus verdaderos colores.

Por espacio de veinte minutos siguió viendo lo mismo, como si fuera él, personalmente, quien estaba asomado a aquel maravilloso ojo de buey que desnudaba ante su vista toda aquella maravilla de colores. Luego su atención recayó en el profesor. Seguía sentado, pero su expresión admirada, se había transformado en otra llena de inquietud. Nuevamente miraba los instrumentos que tenía ante sí. Todos ellos, que hasta entonces habían permanecido insensibles,

empezaron a funcionar.

Primero se encendieron dos luces rojas, luego varias más de distintos colores comenzaron a lanzar destellos anaranjados, blancos, azules y por último, las agujas de casi todas las esferas pusiéronse a bailar desordenadamente, al compás de la muda luminosa danza que las luces habían emprendido.

El aparato se fue difuminando, la cabina y el profesor fueron perdiendo sus formas, como si se estuviese disolviendo en un ácido corrosivo. A los pocos instantes, en la pantalla fluorescente no quedó más que una borrosa silueta acompañada de extraños ruidos, semejantes a los que lanza un aparato de radio que sincroniza mal. De entre ellos, sobresalían algunas frases cortadas y llenas de patetismo.

«—Distancia recorrida doscientos mil kilómetros. Me rodean multitud de naves. Pierdo control. Extrañas fuerzas me impiden seguir rumbo. Creo se acerca...»

La pantalla se oscureció y cuando las ventanas, ya libres de las persianas, dejaron pasar la luz del sol, John Lathers advirtió que estaba sudando. La odisea del profesor Wood le había impresionado en extremo. Nada sobrecoge tanto al ser humano como el encontrarse ante un enemigo cuya naturaleza desconoce.

—Esto es todo lo que se sabe del profesor. ¿Qué le parece, Lathers?—inquirió Wesley.

El muchacho respiró hondo y sin haber conseguido sobreponerse del todo, contestó:

—Es terrible. ¿Sospechan que fue atacado en el espacio?

—Tenemos la convicción de que así fue. Ningún fenómeno natural, podía haber destruido la nave. Iba provista de todo lo necesario para esquivar cualquier colisión, por otra parte lo que usted ha visto en la pantalla y las palabras que ha oído no dejan lugar a muchas dudas.

El director de la F.I.D.E. hizo una corta pausa y continuó:

—Ahora lo que se pretende de usted es que intente la misma aventura. Usted es ingeniero y en poco tiempo estará en condiciones de tripular una nave como la del profesor; pero esto, en realidad, es lo de menos. Lo principal es que, llegado al sitio donde suponemos se encuentra el profesor, tenga la habilidad suficiente para ponerse en contacto con él y rescatarle, además de averiguar qué es lo que intentan nuestros molestos y forzados «vecinos». Esta es la misión que deseaba encargarle. No le ordeno que la intente. Pero, en realidad, usted es la persona más adecuada para salir adelante, si es que hay alguna posibilidad de éxito que, hablando con toda franqueza, lo dudo.

John Lathers se levantó de la butaca y acercándose a míster Wesley anunció con sencillez:

—En París me he estado aburriendo soberanamente, señor. Creo que me encantará darme una vueltecita por ahí—hizo un gesto ambiguo con la mano.

Paul Donals no pudo contener un suspiro de satisfacción, mientras observaba cómo el director de la F.I.D.E. le tendía la mano al joven conmovido.

—No esperaba menos de usted, hijo. Tenía formada de usted una gran opinión que ahora, con gran satisfacción, veo confirmada. No obstante, debo advertirle que lleva el noventa y nueve y medio por ciento de probabilidades en contra. Se tendrá que enfrentar a un enemigo totalmente desconocido. Desconocidos nos son sus métodos, sus intenciones, hasta su naturaleza y número. Sólo conocemos algunos de los medios que tienen esas dichosas naves y en este aspecto están infinitamente mejor equipados que nosotros, no sólo en técnica, sino en número. Piénselo despacio, considere que pone en juego su vida y si mañana sigue decidido a emprender la aventura...

CAPÍTULO II

John Lathers estrechó las manos del grupo de científicos que le

rodeaba y, con un último ademán de despedida, se dirigió hacia la nave que se encontraba posada a pocos metros, en una gran rampa de lanzamiento.

Entró por debajo de la sección circular que rodeaba a la esfera o cuerpo central de la astronave y pasó a su interior por una escotilla circular. Un hombre vestido con traje espacial le saludó, mientras que cerraba la escotilla mediante el sencillo procedimiento de apretar un botón. Luego se acercó a Lathers y le ayudó a vestir uno de los trajes que aparecían cuidadosamente colgados en una vitrina.

Pasaron a otra habitación y montaron en una escalera automática, que los condujo a las alturas.

Estaban en la cabina de control de la «Ivy II». Era un recinto circular con techo abovedado. Enfrente se hallaba instalada una gran pantalla que reproducía todo el resto de la nave, pudiendo controlar por ella el funcionamiento de todas las dependencias.

Varios hombres saludaron a Lathers a través de dicha pantalla. Se veía a cada uno ante los diferentes aparatos asignados a su cometido.

—¿Está todo a punto, Reeves?—preguntó John al hombre que le acompañaba.

—Sí, señor. Cuando llegue la hora, podemos partir.

—Faltan escasamente tres minutos.

John se acercó a la pantalla televisora y ordenó:

—Rawlin, cierre compartimentos.

—Compartimentos cerrados, señor—contestó el pelirrojo a través del micrófono.

—Stone, prepare envoltura de antifricción.

—Preparada, señor.

—Sipson, compruebe funcionamiento máquinas y prepárese para el despegue.

—Philip, ¿está embarcada toda la munición?

—Todo a punto, señor.

—¡Atención toda la tripulación! Cronometren con mi reloj. Faltan sesenta segundos para la hora cero. A partir de los cinco segundos, iré contando. En la hora cero despegaremos.

Se hizo una pausa llena de expectación; luego la voz de John empezó a contar:

—¡Atención! Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero...

Aún resonaba el eco de la última palabra, cuando el interior de la nave vibró rítmicamente a compás de los potentes motores nucleares y un segundo después surcaba el espacio a una velocidad de veinte mil

kilómetros por hora.

A través de la pantalla de control, John Lathers y Raymond Reeves vigilaban el funcionamiento de la «Ivy II». Todos los tripulantes se encontraban en sus respectivos compartimentos, sumamente atareados, comprobando la regularidad de sus instrumentos.

Con lentitud transcurrieron las horas. La astronave surcaba el espacio con toda regularidad, impulsada por sus potentes motores de energía atómica.

Raymond Reeves, segundo de la nave, habló, entonces, a John Lathers:

—Acabamos de pasar las últimas capas de atmósfera, señor.

—Bien, Reeves. Conecte con las dependencias.

El segundo obedeció y Lathers empezó a impartir secas órdenes:

—¡Atención! Comandante a tripulación. Stone, desconecte envoltura de antifricción. Sipson, acelere la velocidad hasta los ochenta mil kilómetros hora. Chandler, prepare sistema defensivo. Dentro de pocas horas entraremos en el espacio dominado por el enemigo...

En aquel momento fue interrumpido. La pantalla lanzó varios destellos rojos, significando con ello que en alguna dependencia pasaba algo anormal.

Después, la cara del pelirrojo Edward Rawlin, apareció con un gesto de espanto.

—Señor Lathers—chilló con gesto descompuesto—en el compartimento número cuatro... hay..., hay un polizón.

—¡Eh! ¿Qué clase de tontería está diciendo, Rawlin?

—Es verdad, señor—afirmó compungido Edward—. Es una mujer —precisó.

—¡Infiernos!.—exclamó Lathers—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Reeves?

El segundo de la nave miró a John desconcertado y dijo:

—No sé, señor. Yo mismo revisé la nave una hora antes de partir. Le aseguro que no había ningún extraño en ella.

—¡Peste de mujeres! Todas son unas condenadas entrometidas, ¿qué buscará ésta en la nave? Debemos quitárnosla de encima. ¡En seguida!

Reeves hizo un gesto ambiguo con los hombros y no contestó. No le parecía empresa fácil deshacerse del polizón.

En aquel momento los aparatos de la «Ivy» marcaban una

distancia de la Tierra de setenta mil kilómetros. Echó una mirada por un pequeño ojo de buey que tenía a su alcance y, allá en el fondo, brillando con argentada luz, vio una inmensa bola. Aquélla era la Tierra. Movió la cabeza de un lado a otro y suspirando con desaliento, exclamó:

—Demasiado lejos.

—¿El qué?—preguntó Lathers.

—La Tierra, señor. No podemos volver. Supondría un retraso de horas y esto representaría el fracaso de nuestra misión. Diez minutos de retraso o adelanto nos haría imposible la llegada a Marte, en el punto de su órbita, previamente designado.

El comandante de la «Ivy II» se levantó violentamente de la butaca en que había permanecido y se puso a dar agitados paseos a lo largo de la cabina.

Se le veía furioso. En sus cálculos sobre aquella aventura, no había entrado ni por un instante la idea de encontrar una mujer a bordo.

Nerviosamente se acercó a la pantalla y aulló:

—Rawlin, súbame inmediatamente a la intrusa.

Pocos segundos después se abrió una compuerta en el suelo de la cámara y apareció un ascensor. De él descendieron dos personas.

Una era Edward Rawlin. La otra era una muchacha de unos veintidós años enfundada en un traje espacial, que contorneaba maravillosamente un cuerpo lleno de encantos. Era rubia y de ojos verdes, que parecían dos inmensos lagos, rodeados por una tez de blancura lechosa, rota en su parte inferior, por un auténtico estallido de rojo que dibujaba dos preciosos y gordezuelos labios.

La muchacha, lejos de amilanarse, estaba furiosa y se revolvía contra el pelirrojo que la tenía asida de una mano, intentando sacarla del ascensor.

—¡Salga de ahí, señorita!—ordenó secamente Lathers.

La orden pareció hacerle el efecto de una purga a la chica.

De un tirón se soltó de las manos de Rawlin y salió del montacargas con la violencia del huracán, cuando derriba un obstáculo.

—¿Quién se ha creído usted qué es?—preguntó intentando ponerse a la altura de Lathers mediante el sencillo procedimiento de empinarse.

—Según creo, señorita, soy el comandante de esta nave. Ahora falta saber quién es usted y qué hace aquí.

—Soy la hija del profesor Wood: Ivy Wood. ¿Le dice esto algo?

—Me dice que sigue usted siendo un insoportable y estúpido polizón al que voy a tirar ahora mismo fuera de mi nave.

—¡Ande, atrévase! Se cree alguien porque le han confiado el mando de la «Ivy». Yo tengo más derecho a ir en ella que usted. Mi padre la diseñó con mi ayuda. Hasta lleva mi nombre. Además mi presencia aquí está más justificada que la de usted. Mire todos esos hombres—indicó a la pantalla donde se veían los rostros de toda la tripulación llenos de asombro y curiosidad—. Todos ellos son científicos. Hombres con inteligencias cultivadas. Usted, sin embargo, no es más que un ingenierillo fracasado que tuvo que meterse a polizonte para poder comer. Ahora le han dado el mando de la «Ivy II» y se cree e! amo del mundo, Pero pese a usted y a quien sea, yo seguiré aquí. La expedición tiene por objeto buscar y rescatar a mi padre y mi deber es ir en ella. Por otra parte no seré un estorbo. Soy ingeniero y como le he dicho antes esta nave la diseñamos entre mi padre y yo. Podré ayudarle más de lo que se figura. Incluso podría mandarla mejor que usted, pese a mi mano.

La muchacha exhibió la izquierda unos segundos, durante los cuales John se percató de dos cosas; la primera, que era una mano bellísima, de largos y sensitivos dedos. La segunda, que aquella mano estaba rígida e inmóvil.

El muchacho levantó sus ojos hasta fijarlos en los de ella. Había aguantado el chaparrón de la muchacha sin rechistar, pero, ahora, cuando ella se calló, seguramente por no tener más injurias en el tintero, empezó a hablar:

—No podemos deshacernos de usted. Circunstancias poderosas me impiden regresar a la Tierra para librarme de su presencia. Seguirá en la nave y me alegro que sea ingeniero y conozca tan bien la «Ivy...»

La muchacha se enderezó y sacó el busto dando a entender que la actitud de Lathers, ante sus méritos no era más que un reconocimiento implícito de su superioridad. Por ello estuvo a punto de desmayarse cuando John con cierto tono de ironía agregó:

—...Así sabrá el sitio donde se encuentra la cocina—y mordiendo las palabras, terminó—: Y lamento que en ella haya tantos adelantos.

—¿Qué quiere decir?—sobresaltóse ella.

—Quise decir, señorita sabelotodo, que se encargará de hacer la comida a mi tripulación y de la limpieza de la astronave. Un buen ingeniero como usted, sabrá hacer esto a las mil maravillas.

—Es usted un grosero—apostrofó Ivy respirando entrecortadamente y a punto de ahogarse de pura indignación.

—De acuerdo. Soy un grosero. Rawlin, acompañe a la señorita al compartimento número cuatro y encárguese de que no salga de allí,

salvo en las horas que tenga que hacer su labor doméstica.

—Es que…—empezó a hablar el pelirrojo.

—Obedezca, señor Rawlin. Es una orden.

—Bien, señor.

La navegación siguió normalmente por espacio de varios días. La «Ivy» funcionaba perfectamente y no se había presentado ningún incidente que retrasara su marcha. Pese a ello Lathers no se confiaba. Estaba seguro de que las naves enemigas habrían advertido su presencia y constantemente vigilaba, esperando que surgiera el peligro.

Recordaba cómo el profesor Wood había sido atacado inesperadamente y desde el primer momento se propuso no dejarse sorprender.

Por ello la vio surgir en la pantalla de radar, como si de pronto se hubiese materializado. Era, apenas, un puntito sin dimensiones.

Durante diez minutos pareció permanecer estática en el mismo punto de la pantalla donde había aparecido. Pero después pareció un halcón que se lanza sobre su presa.

Aquel puntito estaba dotado de una espantosa velocidad, que apenas podía seguir el super-radar y se acercaba a la «Ivy», creciendo de tamaño velozmente.

John se acercó a una pared de la cabina y de un manotazo abrió un conmutador. Se iluminó una gran pantalla llena de cifras. Luego, apareció reproducido en ella el puntito que había detectado el radar. Al principio sus contornos fueron vagos. Después, se fueron definiendo y el joven vio con asombro que era una astronave de enormes proporciones y de forma muy parecida a la «Ivy». Puso el cerebro electrónico conectado con el radar y cuando éste le dio la velocidad que desarrollaba el artefacto que venía a su encuentro, estuvo a punto de sufrir un síncope.

Se precipitó sobre la pantalla de control y pulsando el conmutador que daba la alarma, empezó a dar órdenes precisas y tajantes:

—¡Atención todos los tripulantes! ¡Cada uno a sus puestos! Una enorme nave enemiga se nos viene encima a una velocidad de seiscientos mil kilómetros por hora. Reeves, suba a la cabina. Rawlin, cierre todos los compartimentos de la nave y que empiecen a funcionar los aparatos de atmósfera en todas las dependencias. Stone —llamó.

—Diga, señor.

—Conecte todas las envolturas de protección y haga el

desdoblamiento. Probablemente seremos atacados dentro de unos minutos. Chandler, prepárese a repeler cualquier clase de ataque. No podemos darles tiempo a que nos echen una jauría de pequeñas naves como hicieron con el profesor. Hay que destruirlos antes. Creo que es una ocasión para probar la eficacia de los rayos R. 4.

—Seguro, señor—respondió Chandler.

John se volvió hacia Raymond Reeves que había entrado en la cabina mientras él daba las anteriores órdenes.

El segundo de a bordo se encontraba enfrascado en la pantalla del super-radar, mirando atónito los progresos del enemigo.

—¿Qué opina de esto, Reeves?

—Creo que nos va a ser difícil burlarlos, señor. Los seres capaces de construir una astronave como ésa deben de estar cientos de años más adelantados que nosotros en todos los aspectos.

—Eso creo yo. De todas formas, no nos queda opción. Lucharemos y que Dios nos ayude.

La nave contraria, mientras tanto, se había acercado hasta la altura de la «Ivy» y acortando la velocidad empezó a describir círculos a su alrededor.

Luego, de uno de sus costados salió un rayo de color blanquiazul, deslumbrante, que se dirigió en derechura a la astronave terrestre.

Los dos hombres observaban con la mayor atención. No sabían qué partido tomar. Estaban desconcertados al no saber las intenciones que animaban a los seres que tripulaban la gigantesca nave enemiga.

El deslumbrante rayo, llegó a la «Ivy» y la atravesó por completo con la misma facilidad que un rayo de luz atraviesa la oscuridad. Entonces aquel haz de rayos se hizo más potente a cada momento, hasta dar la sensación de que las partículas que lo integraban se habían convertido en algo sólido, tangible. Fue cambiando de color; tomóse en un anaranjado pálido, para ir subiendo de tono hasta convertirse en una gigantesca llamarada que al chocar con la huidiza «Ivy» se descompuso en todas las tonalidades del arco iris.

El espectáculo resultaba de una grandiosidad tal, que los dos hombres quedaron absortos.

—¿Qué pretenderán con ese rayo, Reeves?

—No sé, señor. Al no tropezar con el objetivo que ellos esperaban no podemos saber lo que pretendían, pero por supuesto, nada bueno. De una u otra forma, la «Ivy» ha sido atacada.

—En eso estamos completamente de acuerdo. Nuestro sistema de desdoblamiento, que hace a nuestra nave invisible y crea al mismo tiempo una imagen suya a larga distancia, los ha despistado. Pero me

pregunto cuánto podrá durar el engaño. Esa gente está más adelantada que nosotros y no tardarán en advertir que están haciendo objeto de su ataque a un espejismo. ¿Qué sucederá entonces? Si nos descubren, como estoy seguro que sucederá, no tardaremos en ser fácil presa para ellos; son muy superiores a nosotros en todo. Creo que no tenemos más remedio que aprovechar la ventaja que con nuestro engaño hemos obtenido. Pero procuraremos no destruir vidas. ¡Chandler!—llamó.

—Diga, señor.

—Prepárese a disparar los rayos F.2. Usted, señor Stone, averigüe la frecuencia y código de señales que pueden neutralizar los servomandos de esa nave.

Se vio a Stone operar durante un corto espacio de tiempo, haciendo conexiones en un cerebro electrónico y luego contestó:

—Si los rayos F2 dan resultado, creo que podré hacerme con el gobierno de esa nave, señor.

—De acuerdo, Stone; téngalo todo preparado. ¡Chandler! ¿Está listo?

—Sí, señor.

—¡Haga fuego!

De un flanco de la «Ivy II» brotó un delgado chorro de vapores que, como un largo brazo, se alargó hasta alcanzar la esfera central del aparato enemigo. Segundos después el metal adquirió un rojo cereza y antes de que pasaran dos minutos un gran espacio de la estructura enemiga estaba al rojo blanco.

El gran monstruo del espacio, pareció quedar indeciso, como si aquel ataque, brotando de un lugar del espacio completamente vacío, le sorprendiera.

Luego reaccionó con presteza.

La sección toroidal que abrazaba la esfera, aceleró sus revoluciones hasta convertirse en una banda luminosa. Después, un extraño aparato emergió de aquella inmensa estructura y comenzó a moverse de un lado a otro, semejando el hocico de un perro de colosales dimensiones.

Y en realidad, un perro de caza era, por cuando de improviso dejó escapar un resplandor verdoso y los mecanismos que hacían invisible a la «Ivy» dejaron de funcionar.

No se oyó el menor ruido, no hubo la menor rotura. Simplemente los dispositivos electrónicos que movían aquel sistema defensivo de la nave, dejaron de funcionar, al ser interferida limpiamente su frecuencia de emisión.

Este decisivo instante fue el que indujo a Chandler a obrar por su propia cuenta. Sabía que de esperar un segundo más, estaban perdidos. Aquel aparato que emergió de las profundidades de la astronave enemiga y que después de ventear la presa tuvo el poder suficiente para neutralizar los dispositivos de camuflaje de la «Ivy», también sería capaz, sin lugar a dudas, de paralizar toda la nave, dejándola inerme y sin la menor posibilidad de defensa. Al fin y al cabo los rayos F 2 que él estaba utilizando cuando sucedió aquello, no tenían otro objeto que hacer saltar la frecuencia y combinación electrónica que manejaba los servomecanismos de la nave. Al mismo tiempo aquellos rayos dejarían a todos los seres que la tripulasen, paralizados por un espacio de tiempo, que en los terrestres nunca era inferior a cinco horas.

Pero aquellos rayos no pasaban las armaduras metálicas, a no ser que se calentasen previamente a gran temperatura, por ello el mismo dispositivo que generaba los rayos del signo F. 2 proyectaba otros de índole calórica que ponía el metal al rojo y por lo tanto dilataba sus poros.

Hasta aquel momento Chandler nunca pensó en darle toda la potencia al proyector de los rayos F. 2. Sabía que esto podía originar que la nave enemiga desapareciera en el infinito espacio convertida en una lluvia de finas gotitas de metales licuados. Pero cuando vio que la «Ivy» aparecía a la vista del enemigo, comprendió que no era momento de dudas. No tenía idea de cuáles eran las intenciones del enemigo. En pleno espacio, a miles de kilómetros de la Tierra, habían sido atacados por aquellos seres y sin que mediara la menor provocación.

Con un seco golpe de su mano puso un indicador al máximo, mientras pensaba, como en descargo de su conciencia, que se trataba de la supervivencia de la «Ivy II» y también de todos ellos.

Siguieron segundos de extrema tensión para Chandler. Luego, sucedieron dos cosas, casi simultaneas. La primera fue la orden tajante del comandante de la «Ivy» de destruir al enemigo por cualquier procedimiento; la segunda que la colosal astronave enemiga pareció tropezar con un obstáculo insuperable, cuando los abrasadores rayos F. 2 pusieron su fuselaje a doce mil grados de temperatura.

Se la vio vacilar como una paloma herida en pleno vuelo. En seguida su porción discoidal perdió velocidad y dos minutos después quedó quieta en el espacio; con esa extraña quietud de las cosas muertas.

John Lathers que esperaba aquel instante con todos sus nervios en tensión, ordenó:

—¡Stone, prepare los servomandos de larga distancia y dé la

máxima potencia! ¡Chandler, sustituya los rayos F. 2 por el sistema de refrigeración de alta potencia! ¡Sipson, ponga rumbo a la nave enemiga; velocidad, quinientos kilómetros hora! ¿Cuánto tardaremos en abordarla?

—Unos diez minutos, señor—respondió Sipson, mientras manejaba palancas y conmutadores a toda velocidad.

—Reeves—llamó John a su segundo, que permanecía a sus espaldas—. Preocúpese de tener preparados para dentro de unos minutos los equipos especiales del exterior. Tendremos que abordar al enemigo e intentar introducimos en su nave.

—A la orden, señor—contestó Raymond saliendo de la cabina.

El comandante de la astronave terrestre quedó solo en la cabina, con la vista fija en el enemigo, que por momentos se hacía mayor.

Al lado de aquel coloso del espacio, la «Ivy II» parecía un pequeñísimo insecto que se acercara a un elefante, soltando un enorme chorro de algo parecido a gases, que al entrar en contacto con el enemigo, hacía brotar montañas de vapor blanco.

A dos kilómetros de aquel vaporoso volcán, Lathers ordenó detener la nave.

—Stone, ponga en funcionamiento sus aparatos y procure sacar de esa masa de vapores a la nave. Después intente localizar los mecanismos que abren el acceso al interior.

El aludido se hallaba sentado ante una gran mesa cuyo tablero estaba ocupado por gran cantidad de controles. Apretó uno de éstos y tres lucecitas verdes se encendieron en la parte posterior. Hizo después una nueva conexión y dos varillas de metal blanco empezaron a lanzar largas chispas cuya potencia aumentaba paulatinamente.

Con lentitud transcurrieron algunos segundos. Las chispas cobraban a cada momento más intensidad. Se hacían largas y crepitantes, saltando de una varilla a otra en cortas intermitencias, que ponían extraños fulgores en la cabina.

La fuerza eléctrica de la «Ivy» bajó de tono, al ser absorbido casi la totalidad de su potencial por el aparato que manejaba Stone.

De pronto los destellos desaparecieron; durante una décima de segundo las dos varillas al rojo vivo, permanecieron agitadas y temblorosas como estremecidas por un misterioso vendaval. Pero en seguida brotó de cada columnita una banda azul-blanca, deslumbrante de tres pulgadas de anchura, que fue a unirse con su homónima.

En aquel momento cesaron los chisporroteos. Las dos bandas se unieron, fundiéndose entre sí con seco chasquido, formaron un todo y dos lucecitas amarillas empezaron a guiñar, alegremente.

Stone lanzó un suspiro de satisfacción, mientras con un pañuelo se secaba la abundante transpiración que bañaba su cara. Aquellos minutos de dura tensión nerviosa habían agotado hasta el último átomo de sus energías.

Miró a la pantalla que le comunicaba con el comandante de la nave y en un leve susurro, anunció:

—¡Lo hemos conseguido, señor! ¡Ya es nuestra!

—¡Enhorabuena, Stone! Siga con la maniobra y reponga energías; está agotado—repuso Lathers.

CAPÍTULO III

L[image]

a astronave enemiga surgió de la masa de vapores que la envolvía. Marchaba lentamente, con la torpeza del borracho que no tiene un asidero a mano. Se le veía avanzar oblicuamente sin conservar un rumbo definido.

Pronto cesaron sin embargo estas vacilaciones. Stone fue centrando, uno a uno, los conmutadores que tenía a su alcance y, entonces, se vio al coloso enemigo seguir dócilmente el camino que se le marcaba.

Con la obediencia de un enorme perrazo, vino a situarse a pocos metros por encima de la «Ivy», quedándose en la mayor inmovilidad.

Luego, silenciosamente, una gran compuerta se abrió en la parte inferior de su cuerpo esférico.

Lo imposible se había realizado. La pequeña hormiga había vencido al monstruo del espacio que, a pocos metros de altura, flotaba inerme.

John se dirigió por medio de varios ascensores a las profundidades de la «Ivy», seguido de Raymond. Cuando llegaron a la cabina estanco, donde estaba situada la escotilla de salida, se

encontraron a toda la tripulación afanada en ponerse los equipos espaciales.

Consistían éstos en un ajustado traje de una sola pieza hecho de un tejido negro y elástico que se abrochaba a la altura del cuello, junto con la escafandra de un plástico especial preparado para resistir grandes presiones y vacíos. Tanto el tejido como la escafandra tenían propiedades térmicas y refractarias a fin de que en su interior se conservara una temperatura uniforme.

En el espacio, donde no hay una atmósfera protectora, se da el caso de que un cuerpo expuesto a los rayos solares, recibiría éstos sin ninguna clase de protección originándose con ello una temperatura de miles de grados. Por lo contrario, en su parte posterior, tendría que soportar una temperatura que sería el cero absoluto.

Lathers examinó durante unos instantes a su afanada tripulación y dijo:

—Un momento, señores. Todos no podemos marcharnos dejando a la «Ivy» sola. Alguien ha de quedar en ella. Sólo me acompañarán dos hombres y será en calidad de voluntarios. Los que deseen serlo, que avancen un paso.

Todos los hombres dieron un paso al frente, sin la menor vacilación.

John los miró conmovido por aquel gesto. Sabía que los que abandonaran la «Ivy» para entrar en la astronave enemiga se exponían a todos los peligros imaginables y, seguramente, a algunos que la imaginación más fantástica no podría prever. Morir desintegrados era lo menos pavoroso que podría sucederles en caso de ser sorprendidos y era tan fácil que esto ocurriera...

El enemigo era demasiado fuerte. Un sinfín de medios y armas desconocidas estarían en su mano y, por si fuera poco se encontraría en su casa, mientras que ellos estarían en terreno desconocido, como seguramente desconocido resultaría todo lo que contuviera aquella nave. Todo sería de origen extraño, extraterrestre.

El qué y el cómo, bases fundamentales en nuestra lógica terrestre, no servirían allí de nada. Pese a ello, ninguno de los hombres había vacilado un instante.

—He dicho que sólo podrán acompañarme dos hombres y, en ningún caso, usted podrá ser uno de ellos, Reeves. Usted es el segundo de esta nave, conoce nuestra misión tan bien como yo y en mi ausencia usted será el jefe absoluto. Por lo tanto... es una orden, señor Reeves—añadió al ver que Raymond trataba de oponerse.

—De acuerdo, señor. Como usted ordene. Pero créame que me hubiese gustado acompañarle.

—También yo me hubiese sentido complacido. Pero comprenda que su puesto está aquí. Tenemos una misión que cumplir y nuestros sentimientos particulares deben quedar al margen. Debe vigilar atentamente. Protegernos y en el momento que nosotros abandonemos la «Ivy», se alejará con ella unos doscientos kilómetros, entonces nosotros entraremos en la del enemigo y mientras permanezcamos dentro usted estará observando lo que hacemos por medio de la pantalla de control que conectará con nuestros cascos. En caso de que nosotros sufriéramos cualquier clase de accidente deberá emprender, inmediatamente, sin esperar a más, la retirada a toda velocidad. ¿Me ha comprendido bien? Se marcharía a toda la velocidad que pudiera desarrollar la «Ivy», sin preocuparse de nuestra suerte. Es más, si viera o simplemente sospechara que nuestra nave corría algún peligro de ser destruida o apresada, usará todas las armas que poseemos y no dudará un solo instante en destruir al enemigo, aunque estemos nosotros dentro. Nuestra misión se podría realizar sin tres hombres, pero sería imposible sin nuestra nave.

Hizo una pequeña pausa y se dirigió a los demás hombres:

—Ya saben a qué atenerse. Nuestras vidas no tendrán mucho valor en el momento que salgamos de nuestra astronave. ¿Siguen dispuestos a seguirme?

Un sí general fue la categórica respuesta.

—De acuerdo; sorteen entre ustedes mismos. Sólo dos podrán acompañarme.

El sorteo se llevó a cabo con rapidez, correspondiéndole la suerte al pelirrojo Edward Rawlin y a Chandler.

Los demás empezaron a quitarse las escafandras con desgana.

Los tres expedicionarios terminaron de equiparse convenientemente y provistos de desintegradores atómicos se dispusieron a salir al exterior.

Los que se quedaban fueron estrechando emocionados las manos de su comandante y las de sus camaradas. Después empezaron a desaparecer en el interior de la «Ivy». Tenían que cerrar la puerta que comunicaba la cabina de salida al exterior con el resto de la astronave, ya que al abrir la escotilla para salir al espacio, aquel compartimento se quedaría instantáneamente sin atmósfera y a una temperatura que los hubiese convertido en témpanos de hielo en milésimas de segundo.

Pero no todos salieron.

Stone se disponía a cerrar la puerta, cuando una persona lo apartó de un enérgico empujón y de un salto se colocó junto a John.

Era Ivy Wood.

La muchacha se puso frente a Lathers y allá en el fondo de sus ojos verdes como una bella esmeralda, apareció una expresión de súplica, mientras empezaba a hablar:

—Señor Lathers; yo quisiera acompañarles…

—Y yo deseo decirle que estoy harto de usted —dijo John mirando a otro lado ante el temor de que aquellos ojos le hicieran ceder. Luego, para ocultar su debilidad agregó en tono hiriente:

—No me gustan las muñecas de ojos tiernos que se meten en todos sitios. ¿Acaso ha creído que vamos a una excursión de fin de semana?

La súplica fue sustituida por chispitas de rabia que se bombardeaban entre sí en el fondo de las pupilas esmeralda.

—Es usted un patán, señor Lathers. Y también un grosero. Pero yo iré con ustedes de cualquier manera. Usted no tiene autoridad sobre mí y no podrá impedirlo.

—De manera que no tengo autoridad sobre usted y tampoco podré impedirle nada ¿eh? Pues ahora verá.

Con ágiles movimientos se quitó la escafandra y se adelantó hacia la muchacha que empezó a retroceder desconcertada.

La cabina era pequeña y a los pocos pasos Ivy dio con las espaldas en la pared.

De dos zancadas John se acercó a ella y cogiéndola por los hombros la retiró de la pared.

Luego, Ivy se sintió levantada del suelo, con la misma facilidad que si fuese una pluma y dos minutos después se encontraba ante la puerta del compartimento número cuatro.

El muchacho la dejó en el suelo y mirándola ceñudo, le dijo:

—No me gusta repetir mis órdenes. Le dije que no se moviera de este sitio sin mi permiso. La próxima vez que lo haga, tomaré otras medidas. Por esta vez me conformaré con cerrarle la puerta, hasta que nos hayamos ido. Espero que no se aburra—y viendo que ella miraba a otro sitio con la barbilla erguida y desafiante, agregó—: Si quiere distraerse puede zurcir algunos calcetines, supongo que no faltará quién se los proporcione.

Y sin decir nada más salió de la pequeña cámara, dejando a una Ivy llorosa por la indignación. Se sentía profundamente desgraciada. Siempre estuvo orgullosa de su profesión y de sus conocimientos; nada la humillaba tanto como que sus méritos como científica no fueran reconocidos y Lathers, aquel odiado hombre, le atacaba siempre por el mismo lado, tratándola de inútil y poniéndola en ridículo.

*   *   *

Los tres hombres abandonaron la «Ivy». Lathers iba en cabeza, seguido por Rawlin y Chandler.

Gracias a los dispositivos que los trajes llevaban adosados a las espaldas se movieron con rapidez. Consistían éstos en una especie de tubo colocado entre los omóplatos que con leves intermitencias disparaba chorros de aire comprimido, que impulsaba a los hombres hacia adelante por efectos del retroceso.

Cuando llegaron a la abierta compuerta de la astronave enemiga los embargó una profunda sensación de incertidumbre. Ninguno de los tres habló. Pero a través del plástico de sus escafandras se les veía un gesto tenso, mientras sus respiraciones se aceleraban.

Entraron decididos.

Como en la «Ivy II», lo primero que vieron fue una cabina de grandes dimensiones. En sus paredes se adosaban grandes armarios de un material transparente que dejaba ver colocados en su interior infinidad de paquetitos de color beige claro. John supuso que aquellos paquetes serían trajes espaciales. Aquella cámara sería estanco tal como la de su nave y de la misma manera estaría acondicionada para salir al exterior.

En otros armarios vio escafandras de distinto modelo que las suyas pero que deberían servir para seres con pulmones y que necesitaban aire.

Ordenó a Stone que cerrara la puerta que les había dado acceso y, cuando fue obedecido, advirtió con asombro que la cámara estaba iluminada magníficamente. La luz parecía brotar de todos los puntos a la vez, sin que concretamente saliera de ninguno. Era una luz blanca, diáfana, como si fuera el mismo sol quien la irradiaba.

Avanzaron hacia la pared frontal con los desintegradores apercibidos.

La mirada de John se había centrado en un botón rojo y cuando llegó a su altura lo presionó.

Se abrió otra especie de compuerta y pasaron a una habitación en la que había varios aparatos parecidos a los ascensores terrestres.

Sin la menor vacilación, entraron en el más cercano y Chandler apretó un conmutador.

El artefacto aquel se elevó con la misma rapidez que un cohete. No transcurrieron dos segundos cuando se paró y se abrieron sus dos puertas.

Y entonces…

Los tres hombres quedaron mudos de asombro.

Ante sus admirados ojos se extendía un enorme parque de recreo. Arboles, parterres, maravillosas flores y hasta aves de preciosos y exóticos plumajes. Más allá magníficos edificios de extrañas características, hermosas avenidas, raros artefactos que deberían tener igual misión que los automóviles terrestres y sobre todo aquello, lo más desconcertante y admirable de todo, un cielo límpido, azul en cuyo cénit un hermoso sol enviaba tibios rayos a toda aquella naturaleza.

—¡Diablos! ¿Es cierto lo que estoy viendo? —preguntó Rawlin pellizcándose a través del traje.

—Aunque parezca mentira, yo veo lo mismo que usted—contestó Lathers—, creo que algo funciona mal en nosotros.

Caminaron por floridos senderos y su sorpresa subió de punto.

Aquí y allá vieron a diversas personas. Unas sentadas, otras tendidas en arenoso suelo. Todas parecían estar muertas; ninguna se movía. Todo era silencio. Silencio sólido, palpable, que causaba un invencible desasosiego, como si fuera una muda amenaza que partiera de todos los sitios a la vez.

Los tres hombres se miraron con ojos asombrados y llenos de inquietud. Lo que estaban viendo era demasiado grandioso para que sus mentes pudieran asimilarlo en un momento.

La obra que tenían ante sí, llevaba a sus ánimos con rapidez la conciencia de su insignificancia, Estaban desorientados y llenos de algo que si no lo era, se parecía mucho al terror supersticioso que empuja con fuerza irresistible a correr.

Si en aquel momento una mosca hubiese zumbado junto a las antenas de audición de sus escafandras, es seguro que hubiese desencadenado una vergonzosa huida. Pero la mosca no hizo acto de presencia y Lathers reaccionó con un poderoso esfuerzo de voluntad y con unas palabras de aliento consiguió sacar a sus hombres del estupor en que estaban sumidos.

Dentro de sus ánimos, escondido en el repliegue más profundo de sus cerebros, quedó pánico a lo incomprensible, algo que debía de parecerse extraordinariamente a lo que sintieron los pueblos salvajes de la lejana África, cuando los primeros exploradores blancos irrumpieron en las selvas vírgenes haciendo enmudecer al león con el rugido de sus armas de fuego.

Pero aquellos tres hombres que ahora se enfrentaban con el misterio de una civilización infinitamente superior a la suya, no eran negros salvajes. Se trataba de hombres que allá en la lejana Tierra eran inteligencias superdotadas, cerebros privilegiados y como tales

repelieron enérgicamente el caos de absurdas ideas que en sus mentes intentaba crear el confusionismo.

—Es imposible que podamos reunir a toda esta gente en un sitio adecuado, donde la podamos controlar debidamente—dijo John mirando a los cientos de personas que aquí y allá permanecían inmóviles—. En el momento que se repongan de los rayos F. 2. estaremos a su merced. Hemos de darnos prisa en idear algo que nos coloque en situación de superioridad. Es seguro que aquí debe haber armas de una terrible eficacia, pero lo más seguro es que ignoraremos su funcionamiento y nos serán completamente inútiles. ¿Qué opina usted, Chandler?

—Estoy de acuerdo con usted, señor. Con tiempo suficiente podríamos estudiar el sistema defensivo de esta gente. Al fin y al cabo, son personas exactamente como nosotros. No creo que su inteligencia sea mejor ni peor que la nuestra; únicamente su civilización debe ser mucho más antigua y por tanto están algunos cientos de años adelantados; pero esta distancia la podemos saltar nosotros en varios meses de trabajo intensivo, ya que tendremos ante nuestros ojos todos los problemas resueltos. En una palabra, creo que todo se reducirá a desarrollar hasta el fin nuestras recientes teorías.

En los labios de Lathers se dibujó una sonrisa comprensiva. Estaba viendo en los dos hombres que le acompañaban deseos irresistibles de abandonar cualquier clase de precaución y sumirse en cuerpo y alma en resolver la multitud de incógnitas que aquella maravillosa nave les ofrecía.

Los dos eran científicos por encima de todo y nada les resultaba más atrayente ni tentador que desentrañar los secretos de aquel pequeño mundo donde se hallaban.

—Sé lo que están pensando, pero ahora se impone sobre todo, hacemos dueños de la situación. Después tendrán tiempo de hacer todas las investigaciones que deseen.

En las caras de los dos hombres apareció la desilusión.

—Creo—continuó John—, que lo mejor será traer algún arma, que les infunda respeto, sin perjuicio de que la «Ivy» tenga emplazadas hacia aquí todas las suyas. Usted, Chandler, como encargado de la parte defensiva y ofensiva de nuestra expedición, ¿qué arma cree que sería la más adecuada?

—Los rayos R. 4. serían capaces de volatilizar esto en fracciones de segundo—respondió el científico apenado.

—En ellos pensaba yo también—aseguró Lathers—. Vayan ustedes por el proyector, yo les esperaré aquí. Adviertan a Reeves que esté dispuesto a destruir esta nave si viera que peligra la «Ivy» y quiten esa

expresión de chiquillos cuando se les arrebata un hermoso juguete. Procuraremos por todos los medios que esta maravilla salga intacta.

Los dos hombres desaparecieron en las profundidades de la astronave y el muchacho se dedicó a analizar la atmósfera que le rodeaba.

Con satisfacción comprobó que el aire tenía la misma composición que el terrestre, sin que tuviera en suspensión ninguna impureza. En cuanto a la temperatura según un pequeño y raro termómetro unido al aparato que tenía en las manos, era de catorce grados centígrados.

«—Una temperatura ideal—habló para sí John—. Y también una atmósfera excelente.»

Se quitó la escafandra y respiró el tibio aire a pleno pulmón, saboreando la delicia de aspirar infinidad de aromas exóticos.

Se sentó en uno de los bancos que había en el parque y con la misma tranquilidad que un burgués en el parque de su ciudad, esperó el regreso de sus hombres.

Poco después regresaron éstos cargados con el proyector de rayos R. 4. y, buscando una eminencia del terreno, lo emplazaron.

—Aún faltan cuarenta minutos para que esta gente empiece a dar señales de vida—comentó Lathers mirando su reloj—. Yo voy a curiosear por ahí. Ustedes se quedarán aquí sin descuidarse. Voy a conectar mi dispositivo de alarma con el de ustedes; así si me ocurre algo, recibirán las señales al mismo tiempo que en la «Ivy». No dejen de estar prevenidos y, a la mejor indicación, hagan volar este precioso cacharro sin reparos.

El joven se alejó a paso lento y mirando con curiosidad a todos lados.

Varias cosas le llamaron la atención desde el primer momento.

En aquel parque, semejante en todo a los terrestres, faltaban los niños. Todas las personas que veía eran adultos. Hombres y mujeres eran rubios, de tez blanca, lechosa. Como la de Ivy, recordó con una alegre sonrisa. Todos vestían trajes de color azul brillante que se ajustaba a sus cuerpos perfectamente, quizás por ser elásticos.

El atuendo era el mismo para hombres y mujeres. Pero a simple vista se diferenciaban unos de otros por sus formas físicas. En cuanto a la estatura era la misma en ambos sexos, como si todos estuviesen hechos en un mismo molde que les daba una altura estándar de 170 cms.

Se acercó a uno de los edificios que viera antes y cuando se disponía a empujar la puerta, oyó un chillido de terror que le hizo

volverse lleno de sobresalto y con el desintegrador a punto.

Un rugido de rabia se escapó de su pecho.

Ivy estaba siendo atacada por un hombre que la tenía cogida por la cintura e intentaba arrastrarla hacia el interior de una casa.

La muchacha se defendía desesperadamente dando manotazos y pataleando, pero su defensa resultaba ineficaz ya que el hombre la tenía sujeta por atrás.

Animó a la chica con un grito y levantó su arma dispuesto a emplearla, pero en seguida la bajó.

La muchacha y su atacante formaban un solo cuerpo y era imposible disparar.

De dos zancadas cubrió los seis metros que le separaban de la, muchacha.

De un fornido tirón le hizo al otro soltarla y girar en redondo.

Aquél le lanzó un puñetazo que le dio en el mentón, pero por algún motivo que el muchacho no se entretuvo a pensar, apenas le hizo daño, aunque sí vacilar.

Soltó el desintegrador y, poniéndose en guardia, se propuso enseñar al tipo aquel lo peligroso que podía resultar meterse con Ivy.

Todo el peso de su cuerpo lo cargó con ímpetu sobre su puño derecho y el resultado fue un escalofriante upercut cuya trayectoria terminó en la barbilla de su oponente.

El resultado fue fantástico.

El hombre abrió los brazos y se elevó más de un metro sobre el suelo.

El vuelo sin motor lo terminó a vario metros y entre un florido parterre que lo acogió en su seno.

Aparentando una furia que no sentía se volvió hacia la muchacha que estaba muy atareada arreglándose uno de sus rizos con la ayuda de un diminuto espejo, que el joven no supo adivinar de dónde lo habría sacado.

—¿Qué diablos hace usted aquí? ¿Es que no me la voy a poder quitar de encima?

Ivy respiró fuerte y se preparó a lanzar una de sus andanadas.

Pero fue interrumpida por varios hombres que saltaron sobre ellos dispuestos a reducirlos.

John subió las manos hasta su cogote y cogiendo por el cuello a un enemigo que se le había colgado a las espaldas, tiró con fuerza. El hombre salió disparado por encima de su cabeza. A continuación Lathers pareció convertirse en una máquina que, a velocidad

impresionante, repartía con la mayor equidad sus puñetazos, entre los diez o doce enemigos que le acosaban.

La muchacha, mientras tanto, no permanecía inactiva. Con verdadera maestría suministraba espléndidos puntapiés en las espinillas enemigas y daba soberbias bofetadas que a más de uno le había hecho rodar por el suelo. Entre una y otra cosa aún le quedaba tiempo disponible para animar a John en su reparto de puñetazos.

Pese a lo crítico de su situación, el muchacho no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios al ver el ardor combativo de Ivy y observar cómo aquellos hombres caían al suelo por efectos de sus bofetadas.

La muchacha observó la sonrisa de él y entre dos patadas y un bofetón, aclaró:

—Es por efectos de la gravedad. Aquí pesan la mitad que en la Tierra.

Pero la contienda tuvo punto final cuando un hombre empuñó un objeto y durante unos instantes lo apuntó hacia los dos terrestres.

Ivy y John advirtieron disminuir sus fuerzas con gran rapidez y a los pocos segundos se sintieron incapaces de mover un solo músculo. No cayeron al suelo, ni perdieron la conciencia. Todo quedaba reducido a que no podían mover ni un párpado.

El hombre que los había dejado en aquella extraña parálisis dio algunas órdenes en una lengua desconocida y uno del grupo se alejó.

Regresó a los pocos minutos, habló algo con el otro y todos miraron hacia un lado como si esperaran algo.

Lo que esperaban no tardó en aparecer. Era uno de los artefactos que Lathers había catalogado como automóviles. Sólo que ahora, visto de cerca, resultó que no lo era. Al menos, tal como en la. Tierra.

Tenía un remoto parecido con el cuerpo de un avión corriente. La mitad inferior de su cuerpo era de un material opaco, pintado en color rojo brillante. Su parte superior era de vidrio o plástico de una transparencia impecable. Pero lo raro, no era aquello. Era que carecía de ruedas y marchaba deslizándose a dos palmos del suelo sin que nadie lo pilotara.

Pese a ello, llegó junto a los dos muchachos y silenciosamente se detuvo, bajando hasta tocar, blandamente, el suelo de gravilla que, crujió bajo su peso.

Los dos hombres se acercaron a ellos y cogiéndolos por los pies y las axilas los introdujeron, sucesivamente, en el interior del extraño vehículo. Después los dos hombres subieron y una vez cerrada la portezuela, el que había dirigido todo aquello, se puso a marcar algo

en un dial parecido al de un teléfono. Luego presionó un pequeño conmutador y los dos jóvenes sintieron que aquello se izaba del suelo y empezaba a correr a una velocidad de sesenta o setenta kilómetros por hora.

El hombre ya no se preocupó más de su dirección. Sacó de un pequeño compartimento un objeto cilíndrico, apretó un resorte y cuando brotó un delgadísimo rayo color violeta, lo dirigió sucesivamente a sus dos prisioneros.

Aquella especie de linterna devolvió la elasticidad a los músculos de los dos muchachos. Ambos empezaron a flexionar sus miembros para cerciorarse de que funcionaban normalmente.

Tan pronto como John se convenció de que había recuperado todas sus energías, se replegó sobre sí mismo, preparándose a saltar hacia sus aprehensores; pero el hombre de la linterna lo contuvo con un gesto señalándole a su compañero que, con el aparato paralizador empuñado, acechaba sus movimientos, dispuesto a dejarlos de nuevo convertidos en inmóviles fardos.

El muchacho soltó un reniego entre dientes y relajando sus músculos se retrepó en el mullido asiento. Comprendió que estaba en poder de sus enemigos y que éstos, de momento, eran los que mandaban.

Era una tontería rebelarse. El era un luchador nato y sabía conformarse cuando los triunfos estaban en manos de sus enemigos.

Sintió un roce en su costado izquierdo y volvió la cabeza.

Vio a Ivy. La muchacha estaba pálida y con una expresión de temor en sus preciosos ojos. Con indecisión había posado su pequeña y suave manita en su brazo, como implorando protección.

Ante aquella mirada llena de patetismo, John sintió subir a su garganta una ola de ternura.

Ahora veía a la muchacha sin ninguna arrogancia, sin aquel aire doctoral del que habitualmente se revestía. En aquel momento Ivy Wood no era ni más ni menos que una preciosa mujercita asustada y que le demandaba protección, intuyendo graves peligros.

Sonrió cariñosamente y, cogiendo, entre las suyas, aquella mano, la acarició con ternura.

Con su derecha retuvo la de ella y pasó su brazo izquierdo sobre los delicados hombros, haciendo que la linda cabecita reposara en su amplio pecho. Luego, con voz tranquilizadora le dijo:

—¡Ea, cálmese! Ya verá como no ocurre nada desagradable. He tomado algunas medidas y, pese a que nos encontramos prisioneros, podremos imponer nuestros deseos, Además—añadió viendo que la

muchacha se arrimaba más contra él, sin abandonar sus temores—, estoy yo aquí que la defenderé de cualquier clase de peligro que pueda amenazarle. ¿No confía en mí?

Ella afirmó con la cabeza.

El muchacho le hizo levantar el rostro cogiéndole la barbilla y prosiguió:

—Si verdaderamente confía en mí, quite ese velo de tristeza y vista, esa preciosa carita, con una sonrisa. Nunca le he visto reír y me gustaría que ahora lo hiciera.

Ivy, más tranquilizada por las palabras del muchacho, distendió sus labios en una tímida sonrisa.

—Así está mejor—aprobó él—. Ahora voy a ver si éstos me dicen algo.

Levantó la cabeza y durante unos segundos estuvo observando el exterior. Marchaban a la misma velocidad por amplias avenidas llenas de tráfico. Con sobresalto comprobó que aquel bólido tomaba las curvas sin aminorar la velocidad y sin que nadie hiciera la menor maniobra.

—Desearía saber si comprenden mi idioma —dijo en inglés.

Los dos hombres le miraron sin darse por apercibidos de la pregunta.

Lathers hizo nuevas tentativas en francés, luego en alemán y así sucesivamente en varios idiomas más, de los que tenía conocimientos.

Un silencio absoluto fue la contestación de los otros.

Minutos después el bólido paró ante un edificio, de mayores proporciones que los demás y los dos hombres saltaron a tierra. El que parecía llevar la voz cantante se dirigió a John y en un perfecto inglés, que sorprendió y enfureció a la vez al joven, le dijo:

—Bajad. Hemos llegado.

—¿A dónde infiernos hemos llegado? ¿Y por qué no me han contestado antes?

—No tardarás en recibir respuesta a tus preguntas. Ahora bajad.

Sin abandonar la mano de Ivy, bajó el muchacho y pasivamente se dejaron conducir al interior del edificio.

CAPÍTULO IV

L[image]

a casa tenía cierto parecido con cualquier centro oficial terrestre.

Se veían multitud de personas atareadas en distintos quehaceres. Pero se notaba la ausencia de los utensilios propios de oficina, tal como en la Tierra es habitual, de todas formas resultaba indudable que allí se trabajaba aunque no se supiera en qué. Multitud de aparatos de indefinible aspecto y desconocida finalidad parecían absorber la atención de aquellas personas.

Al llegar ante una puerta, el que hacía de mandamás, dijo:

—Esperad un momento.

En la puerta se iluminó un pequeño rectángulo y el hombre se puso ante él diciendo algunas palabras en su extraño idioma.

Lathers aprovechó esta pausa para dar un apretoncito cariñoso en la mano de Ivy a fin de animarla. No pudo hablarle ya que en el momento en que abría la boca el mandón le empujó, suavemente, haciéndoles atravesar la puerta que, silenciosamente, se había abierto.

Ahora estaba en una amplísima habitación circular. Las paredes y el techo eran transparentes y la luz de aquel extraño sol que habían visto fuera, iluminaba perfectamente todos los objetos.

Tras una mesa situada en el centro y mirando hacia la puerta que acababan de atravesar, había una preciosidad de criatura que los miraba con una deslumbradora sonrisa.

Su edad oscilaría entre los veinticinco a treinta años. Se parecía bastante a las otras mujeres que habían visto en el exterior, pero de

ésta se desprendía algo extraño que la singularizaba entre todas.

Sus cabellos eran rubios, de un rubio color de trigo maduro. Finas sus cejas y su nariz perfecta; la tez blanquísima, los labios de fino trazo y menudos y centelleantes dientes.

Su cuerpo era... Bueno, su cuerpo era sencillamente perfecto, pensó John.

El resultado del examen no debió ser tan satisfactorio para Ivy.

La muchacha se irguió en toda su altura, levantó con altivez su redonda barbilla y su nariz, graciosamente respingona, adoptó aires de tormenta. Pero por esta vez, la tempestad no amenazaba a John, puesto que Ivy se acercó a él y le cogió de un brazo.

El contacto trajo a la realidad al joven, recordándole que no estaba allí por su gusto, ni mucho menos para admirar los indiscutibles encantos de aquella maravillosa rubia.

Preguntó:

—¿Quién es usted, señora?

Ella pareció divertida por la pregunta brusca del joven y, modulando las palabras con musicalidad de trinos, contestó:

—¿No crees, John Lathers, que soy yo, precisamente, quien debe preguntar qué es lo que haces en mi nave?

John quedó cortado y sin saber qué decir.

—El señor Lathers—dijo Ivy, recalcando lo de señor—, es el comandante de la «Ivy» y la «Ivy» es una astronave terrestre que les ha hecho prisioneros. Por lo tanto, debe contestar sin rodeos.

La preciosidad extraterrestre rió argentinamente, cosa que desagradó sobremanera a Ivy.

—¿De qué se ríe?—preguntó furiosa-—. ¿Es que tenemos monos pintados en la cara?

—No, Ivy. Es que me hace gracia la viveza de tu genio. Pero sentaos, hemos de hablar bastante y no es cosa de permanecer de pie.

—Mira, encanto—se aventuró John un tanto picado por la desenvoltura con que la desconocida los trataba—. Confieso que posees méritos suficientes para estar las horas muertas hablando contigo, pero no hemos venido de la Tierra para perder el tiempo en tan agradable placer. Necesito hablar urgentemente con el comandante de esta nave. Así que llévame a su presencia. Supongo que serás su secretaria o algo por el estilo.

—¡Hum!—hizo un gracioso mohín—. ¿Y en qué lo notas?

—Se vé en seguida. En todos los sitios son propensas a perder el tiempo en inútiles cotilleos. Así que no me hagas perder más tiempo y

condúcenos a presencia de tu jefe.

—¡Eso es!—apoyó Ivy que de minuto en minuto se iba enfureciendo sin saber por qué.

—Está bien, muchachos—dijo la rubia sentándose—. Soy Helia Menky, comandante en jefe, según la expresión de vuestro idioma, de la «Chendra 21», que es la nave en la que os encontráis.

—¡Mira, ricura! Déjate de guasas y preséntanos de una vez al jefe de la «Chendra» o cómo diablos se llame esta lata de sardinas.

Helia rió a carcajadas; luego se serenó y, adoptando un aire serio aseguró:

—Ya te he dicho, John, que estás ante el jefe supremo de la nave.

El muchacho empezó a creérselo.

—¿Y cómo sabes mi nombre y el de esta señorita?

—Desde que salisteis de la Tierra no os he perdido de vista ni un solo instante. Para ser exacta, diré que desde que empezasteis los preparativos de marcha. Incluso sabía que esta señorita iba de polizón en la «Ivy II» antes de que tú lo sospecharas.

—Veo que sabes demasiadas cosas—contestó Lathers intentando cubrir su desconcierto tras una cortina de eclecticismo—. ¿Entonces quedamos en que eres la jefe de esta nave?

—Así es.

—Bien; en ese caso aclaremos algunos puntos. ¿Por qué nos atacasteis sin que mediara ninguna provocación por nuestra parte?...

El rostro de Helia se cubrió con una máscara de gravedad al responder:

—Estás en un lamentable error. Nosotros no os hemos atacado. Ha sido todo lo contrario.

—¿Entonces el rayito que largasteis a lo que creíais la «Ivy» ¿qué fue? ¿Acaso un mensaje de bienvenida?

—No. Aquel rayito, como tú lo llamas, no tenía más objeto que deteneros; deseábamos hablaros. En realidad fue una equivocación, poseo multitud de medios infinitamente más efectivos que ese rayo para haber conseguido mi objeto. No quise emplearlos para que no desconfiarais de nuestras pacíficas intenciones. Esto nos podía haber costado la vida a quince mil personas que vivimos aquí dentro. Gracias a la fortaleza de la Chendra no habéis ocasionado un desastre. Vosotros no os anduvisteis con rodeos y lanzasteis todo vuestro potencial bélico contra mí. En aquel momento pude desintegraros, pero preferí dejaros hacer, al comprobar que todo quedaría reducido a que un pequeño sector de la Chendra quedaría dormido por espacio de unas horas. Los hombres terrestres sois tan impulsivos que, a veces,

hay que dejaros hacer vuestro capricho, si no os enfadáis.

—Y del profesor Wood ¿qué me dices?

—Que lamentamos tanto como vosotros su desaparición y que en contra de lo que estáis pensando, es ajena a nuestra voluntad.

—Entonces ¿quién lo raptó?

—Sí, dinos quién fue y dónde está, es mi padre—-dijo Ivy con voz trémula por la emoción.

Helia la calmó con un gesto y contestó:

—Será mejor que empecemos por el principio; la historia es un poco larga y complicada, pero procuraré ser breve. Sentaos.

Los dos jóvenes se dejaron caer en un sofá situado a un lado de la mesa que ocupaba Helia.

Esta dio unas breves órdenes al hombre que había traído a los dos muchachos y cuando éste se retiró, Helia empezó su relato.

—Hace miles, tal vez millones de años, existió un sistema planetario muy parecido al nuestro y que, relativamente, no estaba lejos. Era mucho mayor que éste y lo integraban sesenta planetas, de los cuales el menor era de mayores proporciones que nuestro sol. Aquel gigantesco sistema, estaba habitado por miles de millones de seres idénticos a nosotros. Su ciencia, en aquel entonces, era muy superior a la que actualmente poseemos. Las necesidades de aquellos mundos precisaban agruparse en una confederación al objeto de regirse todos por unas mismas leyes y bajo el poder de un único presidente que residiría en uno de los planetas donde a su vez se centralizarían todos los departamentos gubernamentales. Para que lo comprendáis mejor os diré que lo que se pretendía crear era una especie de constitución parecida a la de vuestros Estados Unidos. Pero entre aquellos planetas, se destacaban dos. Los dos eran fuertes; su industria y nivel científico, estaban igualados y los dos aspiraban a regir los destinos de aquel sistema. Sus nombres eran Enkos y Rankha y de entonces arranca el principio de la catástrofe que terminaría con aquella civilización.

«—Con el transcurso de los años, la situación se fue caldeando más y más. Los dos mundos luchaban por la paz y prosperidad de aquel sistema pero la verdad era que prometiendo la paz, caminaban hacia la destrucción. Llegó el día en que se rompieron las relaciones y empezó la guerra. Esta no duró mucho. El primero en atacar fue Rankha. Hizo uso de las potentísimas armas de que disponía y en contados minutos desintegró en el espacio, no una ciudad, sino, Enkos entero y dos mundos más. Los restantes planetas aliados de Enkos, contestaron a la violencia con la violencia. No podían entretenerse, ni tener consideraciones. En cualquier momento podían ser atacados y

destruidos. Usaron un arma secreta que por aquellas fechas tenían en período de experimentación. Pero aquella arma aún no había sido utilizada, mostróse de una potencia tal que resultó incontrolable. Su resultado fue espantoso. Rankha desapareció en fracciones de segundo. Pero no paró ahí la cosa. La tremenda explosión que la hizo desaparecer, produjo una especie de reacción en cadena incontenible. Uno tras otro, aquellos mundos fueron saltando como si hubiesen sido pompas de jabón. En menos de cuarenta y ocho horas, quedó el vacío donde antes existió todo un sistema planetario. De aquel cataclismo, se pudieron salvar, únicamente los seres que habitaban los satélites artificiales. De éstos existían gran número y miles de ellos escaparon a la destrucción gracias a las enormes distancias que se encontraban de sus bases.

«—Durante mucho tiempo, estos pequeños mundos vagaron por los espacios siderales sin saber a dónde dirigirse. Poco a poco, se fueron agrupando y tomaron la decisión de buscar nuevos mundos que habitar.

«—Pusieron sus ojos en nuestro sistema planetario. Durante muchos años intentaron invadir, uno tras otro, nuestros distintos planetas, pero aunque ya habían desechado las ideas políticas que dieron origen al desastre, nosotros no nos fiamos de sus intenciones y les negamos, obstinadamente, cualquiera de nuestros mundos. Al principio la negativa fue sin violencias; pero después hubo que pelear, para evitar que por la fuerza se apoderaran de lo que legítimamente era nuestro. Afortunadamente su civilización había quedado muy reducida y ello nos permitió contenerlos. Pero ellos no han desistido jamás de sus intenciones, pese a que tenemos la certeza de que han habitado algún mundo fuera de nuestro sistema planetario. Actualmente los campos están bien delimitados. Nosotros tenemos todo el espacio que hay dentro del cinturón de asteroides y que a modo de frontera natural nos rodea por completo. Este cinturón parece ser que se ha ido formando en el transcurso de miles de años, del polvo cósmico resultante de la desintegración de sus mundos. Detrás de esta barrera, están ellos. Nosotros rara vez hemos intentado traspasar estos límites. Y los pocos que lo intentaron jamás han vuelto. Ignoramos por qué. Algunos de nuestros científicos, aseguran que las astronaves son destrozadas por los asteroides. Otros sustentan la opinión de que son los arrsktoons, nombre que les damos a los seres de que hablamos, por llamarse así su sistema planetario antes de su destrucción. De una u otra forma lo cierto es que la nave que se arriesga a entrar en ese misterioso cinturón no regresa nunca más.

«—Por el contrario los arrsktoons poseen un procedimiento que les permite llegar al interior de nuestro sistema, sin peligro. Algunas naves suyas han sido vistas por nosotros. La mayoría han escapado a

nuestra persecución, pero varias han caído en nuestro poder. Pero nuestros intentos de descorrer el misterio que rodea a sus procedimientos, ha fracasado siempre. Unos se quitaron la vida de forma incomprensible y otros desaparecieron de forma inconcebible y sin dejar el menor rastro.

«—Nuestros hombres de ciencia, sospechan el origen de estas desapariciones y, actualmente, están a punto de poseer su secreto. Si esto se consigue, estaremos en situación de poder traspasar, impunemente, la barrera de asteroides, explorar lo que hay al otro lado y, quizás podremos rescatar a su padre. Ya que fueron ellos los autores de ese rapto.

«—Pese a nuestra continua vigilancia, pues ésta es nuestra misión. La misión que a los terrícolas os viene preocupando durante años al ver vuestro cielo invadido por nuestras naves sin que os podáis explicar en forma plausible, nuestra presencia.

«—Durante lustros, habéis pensado que nuestros propósitos eran invadiros. Nada más lejos de la realidad. Nosotros formamos una confederación con todos los planetas y los deseos que nos animan son los de proteger a nuestra hermana la Tierra, pero sin inmiscuimos en sus problemas internos. Nos limitamos a esperar pacientemente a que llegue a su mayoría de edad científica. Entonces, libremente, ingresaréis en nuestro sistema político.

«—Esto es en síntesis, lo que deseabais saber. Espero que me hayáis comprendido. De no ser así, podéis preguntarme. Yo os aclararé, gustosa, vuestras dudas.»

Los dos jóvenes la habían escuchado en silencio y, cuando terminó, quedaron sumidos en hondas meditaciones. En su imaginación revivieron el dantesco cuadro de la destrucción de Arrsktoon.

—¿Y dice usted... que a mi padre lo raptaron los arrst... bueno, como se llamen esos seres de los que nos acaba de hablar ?

—Así es, Ivy, y suprime el usted. En nuestra civilización esa fórmula hace tiempo que está suprimida. En realidad sólo sirve para distanciar a las personas y aquí todos somos componentes de una gran familia.

—Sí, pero ¿qué pueden pretender ellos de mi padre? El no les hizo ningún mal. ¿Por qué habían de llevárselo?

—Ya os he dicho antes que los arrsktoons hace tiempo que desean apoderarse de algún planeta de nuestro sistema. Tienen, los ojos puestos en el vuestro, ya que es el más atrasado, por esta razón podríais ofrecerle poca resistencia. Si no fuera por el cerco de nuestras naves, hace tiempo que estaríais invadidos. Estas molestias nos las

tomamos por vuestro bien y por el nuestro, pues si ellos consiguieran apoderarse de la Tierra, tendríamos al enemigo dentro de casa y la situación se nos haría crítica.

—Pues sí que defendéis a vuestra «hermanita menor» con eficacia —argulló Lathers con sarcasmo—. No sé para qué tanto lujo de astronaves y zarandajas, para luego consentir que os birlen a nuestro compatriota en las mismas narices.

Helia acusó el sarcasmo y por unos momentos quedó sin saber qué decir. No obstante reaccionó y con paciencia explicó:

—Nosotros hicimos todo cuanto pudimos. Hubiéramos podido interceptar el paso de la «Ivy I», como hemos hecho con vosotros, pero preferimos dejar al profesor que hiciera por su cuenta las investigaciones que deseaba. Varias de nuestras naves se dedicaron a seguirle a distancia. Cuando ocurrió el rapto, estas naves dieron la alarma y rápidamente se tomaron las medidas oportunas. Puedo aseguraros que la «Ivy» y su raptor, quedaron completamente cercados; ni un resquicio de espacio quedó libre de nuestra vigilancia. Constituimos un verdadero cinturón del cual no hubiese conseguido escapar ni un pájaro. No obstante… cuando intimidamos a los Arrsktoons a rendirse, desaparecieron. Desaparecieron como si se hubiesen volatilizado. Tenemos aparatos que a millones de kilómetros son capaces de detectar cualquier cuerpo que flote en el espacio. Televisión a la que no escapa nada. Más aún, podemos enviar a cualquier punto del espacio nubes de partículas que a modo de exploradores rodean cualquier clase de objeto, lo catalogan, lo siguen a donde quiera que vaya, sea cual sea su velocidad y nos reflejan todo en nuestras pantallas. Son de tal pequeñez que no hay materia, por muy compacta que sea en la cual no se infiltren. Por este medio vimos la astronave que raptó al profesor. Incluso le vimos a él; pero luego, repentinamente, ya no vimos nada. La nave se perdió de nuestra vista y todos nuestros aparatos de detección enmudecieron.

—¿Dónde supones que llevaron al señor Wood? —preguntó John intentando sacar algo en claro de aquel concurso de misterios.

Ivy pareció reaccionar algo al oír la pregunta. Levantó la cabeza y pareció que toda su vida dependía de la respuesta.

Helia no contestó enseguida. Durante unos minutos consideró la pregunta; luego, midiendo cuidadosamente sus palabras, contestó:

—Es difícil saberlo. Ya he dicho que desaparecieron sin dejar rastro. Posiblemente nuestros científicos sepan algo—. Al llegar aquí su frente se desarrugó, como si una idea luminosa se le acabara de ocurrir. —¿Qué pensáis hacer?—inquirió.

Ahora fue John el que se sumió en profundas reflexiones. Se le

presentaba un problema difícil y no sabía cómo resolverlo. Por un lado estaba indicado el regreso a la Tierra, con la astronave apresada. A la F.I.D.E. le serviría de mucho el estudio de la Chendra y los informes que su femenino comandante podía suministrar. Por otro lado su misión era la de rescatar ai profesor Wood.

Decidió hacer las dos cosas a la vez.

—De momento, la «Chendra» y todos sus tripulantes quedáis en calidad de prisioneros y nos acompañaréis en nuestra misión. Después os llevaremos a la Tierra y la F.I.D.E. decidirá lo que ha de hacer con vosotros.

—¿Quieres decir que debo entregarte el mando de mi nave y considerarme tu prisionera ?

—Eso he dicho—aseveró con aplomo Lathers.

—¿Puedes decirme en qué razones o derechos basas tu actitud?

—Me apoyo en las leyes de la guerra y por tanto mis razones son las del más fuerte.

—Yo diría que ni una ni otra existen. No veo la guerra por ningún sitio ni tu fortaleza. Creo que los que estáis en terreno, mejor dicho, en espacio extraño, sois vosotros.

—Esa es una opinión muy femenina, preciosa —se cubrió de nuevo Lathers con la máscara de cinismo—. De una u otra forma, sois mis prisioneros. Mi fuerza está en vuestro hermoso parque. No tienes más que echar un vistazo y verás un hermoso proyector de rayos R.4. que, estoy seguro, te hará entrar en razón.

—¡Ah, sí! ¡Veámoslo! Pulsó un conmutador y una gran superficie de la pared se iluminó. Después ajustó unos diales y en la pantalla apareció el trozo de parque donde Stone y Chandler habían quedado con el proyector de rayos.

El aparato permanecía en el mismo sitio, pero a los dos hombres no se les veía por ninguna parte.

—¿Qué opinas ahora, John ? ¿Sigues pensando todavía en que eres el más fuerte?

—Sigo asegurando que soy el dueño de la situación—contestó el comandante de la «Ivy II», conteniendo el desasosiego que comenzaba a invadirle—. Ignoro por qué medios has conseguido apoderarte de los hombres que dejé encargados de ese proyector; pero esto no tiene importancia, ni te da ventaja alguna. La «Ivy» nos tiene bajo sus armas y basta que yo dé la señal de alarma para que esta nave y todos sus ocupantes, incluyéndonos a nosotros, sea desintegrada.

—Eres todo un héroe. Un héroe terrestre. Te sobra valor, pero te falta ingenio, querido John—dijo la rubia con ironía.

A Ivy no le gustó la seguridad con que se expresaba Helia ni aquello de querido. Sin saber por qué, le desagradó en extremo aquella palabra y, con sarcasmo, dijo:

—Creo que llamando querido a John, digo al señor Lathers—rectificó ruborizándose—, no vas a conseguir que olvide su misión. Debes entregar tu nave y dejar las palabritas melosas que están fuera de lugar.

Helia sonrió ante el contenido furor de Ivy y contestó:

—Pero querida muchacha...

Fue como querer apagar un incendio regándolo con gasolina. Ivy levantó la cabeza, irguió su busto y, con mirada desafiante, la interrumpió:

—La diferencia de edad que existe entre nosotras, no te autoriza a llamarme muchacha; tengo, veintidós años, los suficientes para comprender que intentas recuperar tu nave a fuerza de miradas lánguidas, pero...

Miró a Lathers como buscando la palabra siguiente, pero en el rostro de él vio la misma sonrisa que adoptaba cuando se enfadaba con él.

Las palabras se le fueron de la boca y con un mohín delicioso se calló bruscamente.

—Para acabar con esta situación, mirad— dijo Helia.

La pantalla se oscureció durante unos momentos y cuando se volvió a iluminar se vio una habitación. En ella aparecían todos los miembros que componían la tripulación de la «Ivy II», charlando animadamente con varios hombres de la Chendra. Un segundo después la pantalla les llevó a un extraño lugar donde docenas de pequeñas astronaves reposaban como si fueran inofensivos automóviles que se hacinaran en un garaje terrestre. Pero lo que le hizo a John saltar ridículamente en su asiento fue ver a la Ivy II, que, entre aquel ejército de aparatos, permanecía tan quieta e inofensiva como todas ellas.

Cuando el muchacho recuperó su posición anterior, vio a Helia que hacía sobrehumanos esfuerzos por contener la risa; pero no tuvo éxito en su empeño y, de pronto, ésta se derramó como si miles de cascabeles de plata repicaran alegremente.

John se replegó sobre sí mismo, completamente amoscado y, con semblante hosco, preguntó:

—¿A qué diablos viene tanta risa?

—¡Perdona «querido»!—exclamó el comandante de la Chendra, cesando en sus argentinas carcajadas y haciéndole respingar

nuevamente a Ivy—. Es que me ha hecho gracia tu salto. Debes tener en cuenta que aquí, igual que en mi mundo, la fuerza de gravedad es casi la mitad que en la Tierra. En lo sucesivo debes contener tus impulsos o parecerás un canguro.

—Déjate de guasas y dime cómo te has hecho con mis hombres.

Helia asumió una expresión entre grave y divertida y repuso:

—Cuando fuisteis apresados vosotros dos, tus hombres y la «Ivy II» no tardaron en pasar a mí poder. Ya te dije antes que dispongo de medios infalibles. Uno de ellos es parecido a vuestros rayos paralizantes, pero mucho más perfeccionado. El nuestro no afecta a los músculos. Cuando se proyecta sobre una persona produce dos cosas casi simultáneas; la primera, apoderarse de la fuerza eléctrica que el cerebro emite anulándola. Con ello la persona afectada no puede pensar y, por tanto, lo que vosotros llamáis voluntad, queda suprimida. La segunda, que nuestros rayos generan unas ondas eléctricas de la misma frecuencia que un cerebro humano y, por tanto, es facilísimo conseguir que aquel cerebro haga lo que a través de estas ondas se le ordena. En fin, una cosa parecida a lo que en la tierra practican algunas personas y que llamáis hipnotismo. Como veis fue sencillísimo conseguir que tus propios hombres trajeran a la «Ivy II» al sitio donde está...

—Por lo que ahora somos tus prisioneros, ¿no?—terminó John, incisivo.

—No—contestó la desconcertante rubia—. ¿Por qué habíais de serlo? Sois mis huéspedes, si os parece bien. En caso contrario, podéis abandonar la Chendra y regresar a la Tierra.

—Nosotros no queremos regresar. Tenemos la misión de rescatar al profesor Wood.

—En ese caso tendréis que continuar en mi nave. Os llevaré ante mi gobierno y él os ayudará.

—Nosotros no tenemos que ir ante tu gobierno ni necesitamos su ayuda; iremos a Marte que es nuestro objetivo. Después, ya decidiremos el sitio donde hemos de ir.

—Precisamente es en Marte donde reside mi gobierno. En cuanto a tomar decisiones por vuestra cuenta, no puedo permitirlo. Ya os he dicho antes que nuestra misión consiste en proteger a la Tierra y sus habitantes. Si persistís en continuar adelante, tendré que llevaros yo. No puedo dejaros correr el riesgo de terminar como el profesor Wood. Tenéis dos alternativas: regresar a la Tierra o venir conmigo a Marte.

La decisión fue tomada con rapidez.

John comprendió que la ayuda que se le ofrecía reforzaba sus posiciones de conseguir rescatar al padre de Ivy. No receló ninguna

trampa, no tenía motivos para ello. Los hechos le habían demostrado que aquellos seres estaban en posesión de medios suficientes para hacer con ellos lo que deseasen; por lo tanto, era obvio pensar que recurrieran al engaño.

La vida en la «Chendra 21» se organizó desde el primer momento. Fue puesta a su disposición una amplia casa donde paraban las horas justas para reponer energías. Estas eran bien pocas. Su tripulación se desperdigaba todas las mañanas y rara vez regresaban a su alojamiento antes de la noche. Cada uno de aquellos científicos se había hecho amigo de uno o varios hombres de los que iban en la astronave y les faltaba tiempo para curiosear por aquella fantasía de la técnica. Cuando se reunían por la noche en una corta sobremesa, se hacían lenguas de las maravillas que en sucesión interminable habían visto durante la jornada.

Stone, por ejemplo, comentaba que el sol, que tanto les extrañó el primer día, era artificial, como artificial era la atmósfera que había dentro de la «Chendra». Por Ivy se enteraron de que en la nave existían unos inmensos laboratorios, donde se fabricaban, por medio de fórmulas físicas, todos los artículos que a diario se consumían.

Al principio, Lathers correteaba con sus hombres entre curioso y admirado. Las relaciones entre él y su tripulación se habían estrechado hasta el punto de convertirse en fraternales.

Solo Ivy parecía taciturna y extraña cuando Helia se agregaba a su grupo. Entonces la muchacha adoptaba un gesto huraño y espiritualmente se alejaba del resto de sus compañeros.

Pero a los pocos días un joven y apuesto capitán de una escuadrilla de pequeñas astronaves se unió a los terrestres, y con la excusa de llevar a la muchacha a ver aquellas naves, la apartó de sus compañeros.

Entonces las cosas cambiaron. Ahora fue Lathers el que continuamente se encontraba malhumorado y, a veces, quedaba abstraído sin darse cuenta de que su conducta era notada por sus hombres.

Pese a que Deuros, el capitán de escuadrilla, no desperdiciaba ocasión de expresarle la simpatía que le inspiraba Lathers, este sentía unos deseos irresistibles de chafarle las narices de un buen puñetazo. Estos deseos aumentaban cuando Ivy, con el mayor calor, alababa el talento u otra de las muchas virtudes que sus verdes y profundos ojazos encontraban en el marciano.

Cuando habían transcurrido varias semanas y ya faltaba poco para que la «Chendra» llegase a su destino, John decidió distraer aquel extraño pesimismo que le atosigaba y buscó la compañía de Helia.

Pero su tentativa fracasó. La encontró en compañía de] pelirrojo Rawlin. Ambos estaban sentados en un banco del parque, rodeados de floridos parterres y diciéndose ternezas a la luz de la luna, que aunque era artificial, creaba un clima apropiado a cualquier pareja de enamorados.

Con aire fosco y pesándole terriblemente su soledad espiritual volvió a su alojamiento y por espacio de varios días se encerró en sí mismo. Durante aquellos días se confesó una y mil veces que la culpa de su malestar no la tenía aquella actitud en que sorprendió a Helia y al pelirrojo. Comprendió que la verdad de todo era que quería a Ivy. Que estuvo enamorado de ella desde que por primera vez la viera en su astronave. Un profundo suspiro subió de su pecho al admitir esta verdad. Entonces, con desaliento, pensó que para su amor no había la menor esperanza. La muchacha se había enamorado de aquel Deuros y, sin lugar a dudas, la cosa terminaría en boda. La culpa la había tenido él por tratarla con dureza y ahora la había perdido. Su único consuelo fue llamarse cien veces idiota y lo hizo con amargo placer.

CAPÍTULO V

L[image]

a «Chendra» se detuvo casi al borde de la atmósfera de Marte. Aquella super-astronave estaba construida para navegar por los

espacios siderales, pero no en ninguna atmósfera. Todos los tripulantes de la «Ivy», acompañados de Helia, Deuros y algunas personas más, contemplaron el magnífico espectáculo de Marte, visto a la distancia de unos cientos de kilómetros.

El planeta refulgía a sus pies lanzando vivos destellos dorados, como si les diera la bienvenida. En su cielo, a una distancia ínfima, sus dos lunas a la vez rivalizaban en mandar sus reflejos al planeta.

Helia extendió su mano y, señalando al más próximo y pequeño de los satélites, dijo:

—Ahí tenéis a Kronche. En nuestro idioma significa luminoso. Vosotros le llamáis Fobos. Aquel otro lo conocéis por Deimos, pero nosotros le decimos Sarhr, que quiere decir bello.

—¿Cuándo llegaremos a Marte?—preguntó el pelirrojo con esa familiaridad que existe entre las personas que se aman.

Helia le miró con sus luminosos ojos y contestó:

—Antes hemos de pasar por Kronche, tenemos que ser reconocidos por el médico. En nuestro planeta hace años que no existen enfermedades y no se admite ningún ser de otro mundo sin que previamente se compruebe que no puede resultar peligroso para la salud pública. Pero no os preocupéis; esto será cuestión de unos minutos y no resultará demasiado molesto. Y a propósito, John, no quiero que entréis en mi patria con esa cara de vencidos. He pensado que vayamos en la «Ivy». Así desaparecerá de vuestros semblantes ese gesto de prisioneros.

Lathers agradeció la delicadeza de la muchacha con una sonrisa.

Minutos después la «Ivy II», al mando de John y con la tripulación aumentada por la presencia de Helia y Deuros, se lanzaba ah espacio, poniendo rumbo a Kronche.

Cuando se posaron en el pequeño satélite, vieron que éste estaba densamente poblado.

La «Ivy» aterrizó en una especie de aeródromo, si es que se podía llamar así a una superficie de varios kilómetros cuadrados y pavimentada por algún material que si no lo era se parecía extraordinariamente al cristal terrestre. En cuanto a la curiosidad de los marcianos parecía ser la misma que en cualquier sitio de la Tierra. Una muchedumbre de personas se agolpaban alrededor de la nave deseando ver a sus ocupantes.

Todos saludaban con las manos y pañuelos, pero Lathers observó con el ceño fruncido que nadie se acercaba.

Helia le explicó la razón:

—No se acercan porque, como os he dicho antes, aquí las

ordenanzas de sanidad son muy escrupulosas. Hasta que no hayamos sido reconocidos, no se aproximarán para darnos la bienvenida.

En aquel momento, un bólido del mismo estilo que los de «Chendra» se acercó a ellos. Venía vacío, cosa que ya no llamó la atención de los terrestres por estar familiarizados con aquella clase de automóviles.

Montaron en él y a buena velocidad se dirigieron a un edificio que había al borde de la pista.

Helia desmontó la primera y los condujo a través de una serie de habitaciones vacías, hasta llegar a una de dimensiones más reducidas.

En la pequeña sala no había nadie. Estaba amueblada con varios sofás situados a lo largo de las paredes y en medio había una gran mesa.

—Podéis sentaros—invitó Helia—. Esto será breve.

—¡Vaya una falta de atención!—exclamó Ivy impulsiva—. Ya podía estar el médico aquí. Antes de salir de la «Chendra» avisamos nuestra llegada.

Helia y Deuros se miraron y sonrieron con picardía:

—¡Pero si el médico está aquí!—aseguró seriamente Deuros.

—No me hace gracia tu chiste, Deuros—aseguró cáustico Lathers, que no desperdiciaba ocasión de meterse con el marciano.

—Pero si no es chiste—insistió el joven—, está ahí; en la mesa. Basta sentarse en esa silla que hay delante y un cerebro electrónico se pone en funcionamiento. En menos de dos segundos emite su diagnóstico, sin que haya la menor probabilidad de error.

En silencio fueron pasando por delante de aquel raro doctor, que en unos segundos daba el resultado de su examen con voz gangosa y en lengua desconocida.

Cuando le tocó el turno a Ivy, argumentó:

—Creo que esto es absurdo. Prefiero a los doctores terrestres. A juzgar por su voz, este aparato debe tener más años que Matusalén y...

En aquel momento el Matusalén estaba hablando. Cuando terminó, Helia se volvió a la muchacha y le dijo:

—Seguramente nuestro doctor se ha enfadado contigo por haberle llamado Matusalén. Dice que puedes entrar en Marte, pero se empeña en operarte esa mano que tienes anquilosada.

—Ese cacharro está loco. Mi mano fue tratada por los mejores especialistas terrestres y no hubo forma de curarla. Me aseguraron que no había ninguna posibilidad de recuperación.

—Sin embargo debe haberla cuando nuestro médico dice que hay

que operar.

—Pues yo digo que no me operaré.

—Está bien, pero siéntate aquí un momento.

Ivy obedeció a regañadientes y se dejó poner encima de su mano lesionada una especie de campana metálica.

Cuando Helia apretó un conmutador se sintió un extraño zumbido y de aquella especie de campana brotaron unas ondas luminosas, que en círculos, llegaban hasta la mano de Ivy.

—¿Qué estás intentando?—preguntó entre asustada e irónica.

—Espera unos minutos—la tranquilizó Deuros—. No te vamos a hacer nada. Ya está— anunció al ver que las ondas luminosas cesaban.

—¿El qué está?

—Tu mano; ya está curada. Míratela y verás.

Ivy levantó la mano y con un grito de alegría empezó a flexionar sus dedos, ante las asombrosas miradas de sus compañeros.

—¿Cómo ha sido posible esto?—preguntó llena de asombro.

—Aquí las operaciones se hacen por diferentes medios que en la Tierra. A nuestro doctor le bastan unos minutos para hacer cualquier operación sin derramar una sola gota de sangre. Y ahora salgamos. Los que nos esperan estarán impacientes.

Un grupo de hombres se acercó a ellos y Helia empezó a hacer las presentaciones como si se hallasen en cualquier lugar de la Tierra.

Los terrestres saludaron sucesivamente al gobernador del satélite y jefe de los servicios de sanidad al mismo tiempo y a otras personalidades, dedicadas todas ellas a la tarea de impedir la entrada en Marte a toda clase de microbios y gérmenes. El mismo gobernador les explicó que Kronche era una especie de aduana de la salud y ellos sus aduaneros.

Después de las presentaciones montaron en el mismo bólido que los había traído y regresaron a la «Ivy», donde en veinte minutos recorrieron el espacio de seis mil kilómetros que los separaba de Marte.

CAPÍTULO VI

Su llegada al planeta hermano fue apoteósica.

Una enorme multitud los recibió al descender de la «Ivy». El gobernador de aquella ciudad, acompañado por infinidad de personajes de los más sobresalientes, les tributó un caluroso recibimiento.

Sutars, el gobernador, se empeñó en que los terrestres serían alojados en su residencia, donde se les trataría como a visitantes distinguidos.

Esto originó una pequeña discusión entre el gobernador, Helia y Deuros, que a la vez deseaban alojarlos en sus domicilios.

Al final la autoridad se impuso y en un bólido de enormes proporciones empezaron a recorrer las avenidas de una ciudad que parecía interminable.

Helia fue explicándoles que se hallaban en la parte del planeta que los terrestres designan con el nombre de Syrtis Major y, a la pregunta de Rawlin, sobre las dimensiones de aquella ciudad, contestó que en Marte las ciudades no tenían más límites que los impuestos por el gobierno con fines administrativos. A continuación se lanzó a hacer una historia del planeta desde los tiempos más primitivos hasta el momento en que estaban.

De todo ello, los terrícolas sacaron en claro que allí no existían ciudades al modo de la Tierra. En Marte todo lo que era tierra, y esto era casi las tres cuartas partes del planeta, constituía una sola y gran ciudad. También se enteraron los tripulantes de la «Ivy» que a pesar de ser Marte mucho más reducido que la Tierra tenía tres veces más habitantes que ésta, sin contar los millones de seres que poblaban las astronaves como la «Chendra» y cuyo número era elevadísimo.

Cuando llegaron al edificio que ocupaba el gobernador vieron que aquél no se diferenciaba de los demás, excepto en que estaba aislado, ocupando el centro de una enorme extensión que constituía un

hermoso parque de los muchos que abundaban en aquel mundo, y a los que sus habitantes parecían muy aficionados.

La casa era una enorme construcción hecha con un material igual a los de la «Chendra», y como todos los edificios de Marte, sus inquilinos tenían a su disposición un sol particular que lucía o se apagaba con la misma facilidad que en la tierra se enciende o apaga una luz eléctrica.

Durante varios días los terrestres vagabundearon por aquí y allá en la mayor inactividad. Esta situación hacía la felicidad del pelirrojo Rawlin, que en compañía de Helia lo pasaba a lo grande. Ivy también salía continuamente con su joven y apuesto capitán, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, aumentando con ello los deseos que sentía John de romperle al marciano las narices de un buen puñetazo.

Pero Ivy no era todo lo feliz que aparentaba. Por un lado sentía una gran impaciencia. El gobernador les había dicho que hasta que no llegara la comisión del Gobierno interplanetario, no era posible decidir nada encaminado al rescate del profesor Wood. Y si bien les dio toda clase de seguridades de que les ayudarían en su empresa y les auguró con insistencia que no tardarían en coronarla satisfactoriamente, la muchacha sentíase impaciente al ver que los días transcurrían y la esperada comisión no llegaba.

Además, estaba su problema sentimental con respecto a John Lathers. Ella, al igual que él, también había llegado a la conclusión de que estaba totalmente enamorada del comandante de la «Ivy II», pero ante el gesto indiferente que el muchacho empleaba siempre al hablar con ella, se había hecho el propósito de guardar sus sentimientos en lo más profundo de su corazón. En lo más íntimo de su ser deseaba ardientemente entregarse por completo a aquel amor que la dominaba con fuerza arrolladora, pero su orgullo de mujer le impedía cualquier intento de aproximación. Muchas noches soñó con aquellos breves momentos, cuando fueron hechos prisioneros de la «Chendra». Entonces John se había humanizado hasta parecer un hombre y, con verdadera ternura, le dio la fuerza moral que ella necesitaba. En aquella ocasión él ahuyentó su abatimiento y fue en aquellos minutos cuando ella lo vio como un hombre fuerte y dominador, bajo cuyo amparo se sintió segura. En aquel instante había brotado de su femenino corazón una corriente de simpatía que, sin saber cómo ni cuándo, se había convertido en un amor profundo y apasionado. Pero desde aquella ocasión el muchacho se había vuelto frío e indiferente. En multitud de ocasiones había fingido ignorar su presencia y esto creó en ella una reacción de orgullo que la llevó a aceptar la compañía que le brindaba Deuros.

* * *

La anunciada comisión gubernamental llegó dos días después.

A partir de aquel momento, los acontecimientos marcharon a un ritmo acelerado. Aquella comisión venía autorizada por el Gobierno central a prestarles toda la ayuda que precisaran para el rescate del profesor, sin escatimar los medios.

Inmediatamente de su llegada, John Lathers con toda su tripulación y acompañado de Helia y el inevitable Deuros, fueron llamados a celebrar una entrevista con los comisionados. Esta se celebró en una amplia sala de la residencia del gobernador, y a fin de que los terrestres pudieran entenderse con los representantes del Gobierno, que no estaban familiarizados más que con el idioma que usaba la confederación interplanetaria, fueron provistos de un pequeño aparato llamado «bontas», que traducía, instantáneamente, las palabras de los terrícolas al otro idioma y viceversa.

De aquella conversación, los terrestres sacaron varias conclusiones: La primera, que el profesor Wood había sido localizado con toda precisión; la segunda, que existía una posibilidad de rescatarlo; la tercera, que se había descubierto el medio de que se valían los arrsktoons para volatilizarse en el espacio sin dejar el menor rastro, y la última, que si estaban decididos a intentar la aventura de ir por el profesor, ellos les ayudarían, si bien les hacían ver que la empresa estaba llena de peligros y convenía meditarse. Con estas palabras pusieron fin a la reunión de aquel día, prometiendo que seguirían cuando los terrestres hubiesen decidido.

Las deliberaciones entre los terrestres duraron diez minutos escasamente. Todos a una decidieron intentar el rescate, pese a los peligros que éste pudiera entrañar. Habían salido de la Tierra decididos a llegar hasta el fin y haciendo caso omiso de cualquier clase de amenaza que pudiera surgir en su camino.

John los escuchó emocionado ante las pruebas que sus hombres le estaban dando de valor y decisión. Sabía que todos eran hombres de inteligencias cultivadas, acostumbrados a razonar. En ninguno de ellos existía ese valor absurdo y ciego que da la ignorancia. Mejor que él mismo, conocían la clase de peligros que podían sobrevenir en aquella misión, y sin embargo, todos, sin excepción, estaban firmemente decididos a correr el albur.

Ivy, que formaba parte de la reunión, les dio las gracias con sus bellos ojos empañados por las lágrimas. Se sentía conmovida hasta la última fibra de su sensible ser; comprendía que aquellos hombres arriesgaban su vida; que se embarcaban en una aventura rebosante de peligros. Peligros que a cualquier hombre normal, su solo pensamiento

le hubiese erizado los cabellos. Todos caminarían hacia un porvenir incierto, cuyo final podía ser la muerte. Una muerte lejos de todo afecto, lejos de su mundo y de los sitios que los habían visto nacer. Cada hombre de aquella reducida tripulación era un héroe. De la madera de los héroes que sacrifican todo, incluso su propia vida; de esa forma oscura, callada y sin gloria que solamente poseen los verdaderos héroes.

Y al día siguiente, después de la segunda conferencia, embarcaron en una astronave en compañía de los comisionados del Gobierno de Helia y Deuros.

Su destino era Sarchr, el satélite de Marte, que los terrestres conocían con el nombre de Deimos. Según se les explicó, allí era donde los científicos marcianos habían instalado los laboratorios de experimentación y de donde partiría la expedición de rescate integrada por los terrícolas.

Al día siguiente de su llegada a Sarchr fueron presentados al profesor Wairlos, jefe supremo de aquel satélite. Desde este momento los delegados del Gobierno pasaron a desempeñar el simple papel de espectadores y el profesor tomó la iniciativa.

* * *

—Después de largas investigaciones, en las que todos los mundos de la confederación han tomado parte, hemos llegado a descubrir la clave de un misterio que por espacio de lustros se nos resistió tenazmente. Hemos descubierto el secreto de que los arrsktoons se volatilicen ante nuestra vista. La explicación, tal como ahora se la voy a dar, parece muy sencilla; pero ¡cuántos sacrificios y vigilias, incluso vidas, nos ha costado! Miles de científicos han quemado su vida intentando aclarar este fenómeno, que para nosotros resultaba incomprensible, fuera de toda lógica y comprensión. Cientos de exploradores han ofrendado su vida en el cinturón de asteroides, intentando conseguir lo que ya nos parecía imposible.

El profesor Wairlos hizo una pausa mientras bebía un sorbo de agua de un vaso que tenía sobre la mesa. Después su vista recorrió, uno por uno, a sus oyentes y continuó:

—Hace poco tiempo, para ser exacto, setenta días de la Tierra, que como sabemos aquí significan casi el doble, un insigne investigador halló la clave del enigma. Los arrsktoons se valían para sus apariciones y desapariciones de la cuarta dimensión.

Entre la concurrencia, compuesta por la tripulación de la «Ivy», Helia, Deuros y algunos científicos más se cruzaron miradas de asombro.

—De la cuarta dimensión—repitió el profesor Wairlos con énfasis

— todos ustedes han oído hablar de ella. Los terrestres hace tiempo que conocen esta tesis que propugnó Einstein; nosotros, con muchos años de anterioridad, teníamos noticias de esta dimensión. Incluso tenemos el convencimiento de que en el universo hay mundos cuatridimensionales, aunque todavía no lo hemos podido constatar con absoluta certeza. De una u otra forma, lo cierto es que esta cuarta dimensión ha sido descubierta por nosotros y está siendo objeto de un profundo estudio. Por medio de ella hemos conseguido enviar a seres irracionales a cualquier punto del espacio y, con matemática exactitud, estos seres se han materializado en el punto, previamente escogido, en el mismo instante en que nuestro proyector los ha lanzado a esa dimensión de la que aún desconocemos todo.

»Valiéndonos de este proyector hemos lanzado una nube de partículas ionizadas a través del cinturón de asteroides. Por medio de ellas hemos podido estudiar a fondo lo que hay allí. Gracias a estos microscópicos investigadores conocemos el emplazamiento exacto de las moradas de los arrsktoons y también sabemos dónde se encuentra nuestro colega terrestre, el profesor Wood. Ahora lo van ustedes a ver.»

Wairlos manejó unos controles y, al momento, la gran sala donde se hallaban se oscureció. Unos segundos después se iluminó una gran pantalla en la que se dibujaron unas extrañas sombras. Wairlos dio media vuelta a un dial y aquellas sombras empezaron a tomar forma.

Al principio pareció que la pantalla estaba reflejando una vista tomada desde el interior de una masa de fuegos de artificio. Millones de luminosos puntitos de diferentes colores se veían por todas partes; su velocidad era tan inmensa que el ojo humano apenas tenía tiempo de captar sus extraños fulgores. A veces dos o más de aquellos puntitos chocaban entre sí, produciendo gigantescos ramilletes de chispas, que con mil tonalidades distintas se esparcían en todas direcciones.

Con lentitud, pareció que la pantalla se adentraba en aquel caos de fuego y luminarias. Los destellos se multiplicaron hasta dar la sensación de que todo aquello era una hoguera de colosales proporciones que ardía entre cárdenos resplandores y crepitantes chisporroteos. Luego, la intensidad del fuego fue decreciendo paulatinamente, y a través de aquel halo de resplandores se vislumbró, cada vez con más claridad, un espacio de infinitas proporciones y carente de toda luz.

En aquel momento, la pantalla pareció que dejaba atrás los cegadores fuegos por los que había estado avanzando y desembocó en aquel océano de negruras que se había estado entreviendo.

En algunos momentos las sombras eran desgarradas

violentamente por una de aquellas bolitas de fuego, que saliéndose de su normal trayectoria se sumergía en aquel pozo de negruras sin fin.

Poco después la pantalla empezó a captar unas enormes bolas de un material transparente. Aquellas esferas parecían estar huecas y de su interior salía una luz blanca, cegadora, que les daba apariencia de fantasmas.

De pronto la pantalla pareció desechar la visión de conjunto que hasta ahora había tenido enfocada y en ella apareció una sola esfera.

Su tamaño, ahora, tenía unas proporciones enormes y pareció avanzar con increíble rapidez; primero ocupó toda la extensión de la pantalla; después pareció que se la engullía, y acompañando a esta ilusión óptica aparecieron edificios y calles. Un instante después, el profesor Wood ocupó todo el recuadro, originando un penetrante grito de Ivy, que levantándose violentamente corrió hacia la pantalla.

En aquel momento la pantalla se oscureció y la habitación se volvió a iluminar.

Ivy quedó mirando al profesor Wairlos con el rostro desencajado y temblando de excitación.

—Cálmate, Ivy—le aconsejó el profesor acercándose a la muchacha y dándole unos golpecitos cariñosos en las mejillas—. Tu padre, como has podido ver, está bien y pronto podrás reunirte con él. Estos valientes lo rescatarán. Y ahora—se dirigió a los demás que permanecían en sus asientos profundamente impresionados por lo que acaban de ver—, les voy a explicar el significado de lo que han visto.

»Esos extraños fuegos son los principales componentes del cinturón de asteroides que rodea nuestro sistema planetario. Ello, mejor que mis palabras, os explicará el porqué de los fracasos de nuestros exploradores y su muerte. En cuanto a ese pozo de negruras que le sigue es un trozo de espacio sideral en el que existe el vacío más absoluto. Los arrsktoons lo han elegido para situar sus mundos artificiales, por la sencilla razón de que allí forman límite dos inmensas fuerzas de atracción: la de nuestro sistema solar y la de nuestro vecino. De esto resulta que las dos fuerzas de atracción se neutralizan. Para que lo entendáis mejor, haceos la idea de que ahí existe un enorme remanso parecido a los que forman los ríos. Sabemos que en ellos el agua se paraliza bajo las fuerzas de dos corrientes que discurren en sentidos opuestos. Esto mismo es lo que ocurre ahí, y por esta razón los arrsktoons han puesto sus mundos en ese punto, seguramente con la esperanza de invadir nuestros mundos algún día.

»Los mundos suyos ya los habéis visto, son esas enormes esferas transparentes, que según el resultado de nuestro análisis espectroscópico son de materia pura.

»En una de esas esferas está el profesor Wood, y si queréis rescatarlo tendréis que ir allí a por él, si es que os veis con ánimos suficientes para atravesar todo eso que la pantalla os ha mostrado.

—Iremos—afirmó John con una energía que a Ivy le hizo acelerar los latidos de su corazón.

—Bien; en ese caso estudiemos el plan que se me ha ocurrido. Aparte de que no hay otro, creo que es el mejor por varias razones.

* * *

—Como comprenderéis es imposible atravesar ese cinturón de asteroides en cualquier clase de astronave. Sin embargo, para llegar hasta donde está el profesor Wood es imprescindible atravesarlo, más todavía, hay que entrar en una de esas esferas. Esto se puede conseguir de una forma: usando la cuarta dimensión, tal como los arrsktoons hacen cuando quieren adentrarse en nuestro sistema planetario. Por medio de esta dimensión será fácil haceros llegar hasta donde se encuentra el padre de Ivy. Tan fácil, que parece un juego de niños. Lo difícil en esta misión, que como dije al principio está plagada de peligros mortales, está en el rescate y en que todos los que intervengáis en él podáis burlar la persecución de que os harán objeto los arrsktoons. Ni por un momento debéis pensar que nuestros enemigos, pese a que su civilización está estancada desde hace miles de años, han quedado anticuados. Es cierto que no han progresado en estos milenios, debido a la falta de un mundo donde desarrollar su ciencia, pero aún así, sus adelantos eran tan enormes que, pese al tiempo transcurrido, no hemos podido superarlos científicamente, eran y siguen siendo superiores a nosotros en muchos aspectos. Y ahora pasemos al plan que debemos seguir para conseguir nuestro objetivo.

»Por medio de nuestro proyector a la cuarta dimensión, situaremos a los expedicionarios terrestres dentro del pequeño mundo artificial en que se encuentra el profesor. Estos hombres debidamente armados se ocuparán del rescate del prisionero y de salir, por los medios que puedan agenciarse, del mundo de los arrsktoons. Mientras tanto, nosotros, por el mismo procedimiento y utilizando la cuarta dimensión, enviaremos a las proximidades una esfera que irá mandada por Helia. Esta nave tendrá por objeto proteger a los terrestres en su retirada y para ello irá provista de un equipo especial de defensa a cargo de Deuros. Esta es la primera fase del plan. La segunda es: una vez que los terrestres lleguen a las inmediaciones de nuestra astronave, Helia los mandará aquí por medio del proyector de que irá provista su astronave. Después dispondrá lo necesario para desalojar su nave, trasladando a su tripulación a las astronaves mandadas por

Deuros y una tras otra las proyectará hacia este mismo satélite. Por último, Helia y Deuros se pondrán delante del proyector que los enviará aquí. Hay que proceder así, debido a que el proyector es demasiado grande para que pueda ser transportado en una astronave pequeña, tendrá que ir en la «Galachs», una de nuestras astronaves de guerra, y cuando todos sus tripulantes le hayan abandonado será desintegrada utilizando un sistema de servomandos dirigidos desde aquí.

CAPÍTULO VII

L[image]

os expedicionarios fueron estrechando las diestras que numerosas personas les tendían, mientras les deseaban suerte en su arriesgada misión.

Lathers había luchado denodadamente oponiéndose a que las dos mujeres tomaran parte en la expedición, pero sus esfuerzos fracasaron lamentablemente y sólo consiguió que Ivy le prometiera quedarse con Helia en la «Galachs».

En la pequeña astronave que los había traído a Sarchr se trasladaron a la gran astronave de guerra situada en los límites de la atmósfera del satélite.

Una vez en ella empezaron a hacer los preparativos necesarios a fin de partir lo antes posible.

El proyector de la cuarta dimensión había sido instalado en otra astronave. Desde ella la «Galachs» sería proyectada después que hubiese enviado a los terrestres a su destino.

A John y sus hombres les fueron entregados pequeños desintegradores. Llevarían además un equipo, formado por un control emisor de partículas ionizadas, dedicado a localizar al profesor Wood cuando estuvieran en aquel extraño mundo de los arrsktoons. También se les había entregado una especie de pistolas, de funcionamiento electrónico, cargadas con un par de docenas de granadas del tamaño de un huevo de gorrión, pero de una potencia terrible.

Cuando todo estuvo listo, los expedicionarios empezaron a despedirse. Faltaban pocos minutos para que fueran lanzados a aquella cuarta dimensión, empezando con ello la aventura más incierta que jamás terrestre alguno acometiera.

John fue a despedirse de Helia, pero tuvo que esperar algunos minutos a fin de que el pelirrojo terminara de abrazar a la muchacha, que devolvía sus caricias envueltas con una serie interminable de recomendaciones destinadas a preservarlo de todos los peligros

imaginables.

Lathers dio un suspiro. A él nadie le haría aquellas advertencias llenas de cariño. Separó al pelirrojo y se despidió de la muchacha que estaba un poco arrebolada.

Luego se dirigió a Ivy, que permanecía en un rincón llena de tristeza y a punto de romper en sollozos.

—Bien, señorita; espero que me perdone por mi comportamiento un tanto brusco. Todo ha sido encaminado a evitarle peligros. Espero que ahora... en fin, quiero decir que deseo que no me odie demasiado.

A la muchacha le temblaron los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas. Intentó esconder su turbación, y mirando a otro sitio articuló:

—Yo, yo no le odio; deseo con toda mi alma que regrese con mi padre y...

No pudo terminar la frase. Su voz se rompió en estremecedores sollozos, e incapaz de controlar sus impulsos fue a arrojarse en los brazos del muchacho.

Pero esto no lo vio John. En aquel mismo instante se había vuelto de espaldas pretendiendo ocultar su desencanto. Por un momento, cuando Ivy le dijo que deseaba su regreso, creyó adivinar en su voz y en la expresión de sus ojos algo que le hizo palpitar su corazón de júbilo, pero la muchacha había agregado que deseaba su regreso con su padre y, entonces, creyó comprender que su persona sólo le interesaba como mero instrumento que había de devolverle al autor de sus días.

Dominado por esta amarga sensación fue a la plataforma desde la que serían lanzados. No deseaba despedirse de nadie más. Una profunda tristeza le atenazaba el corazón y se sentía el más desgraciado de los mortales.

Poco a poco se le reunieron los demás. Todos ellos lucían expresiones preocupadas. Ninguno sentía miedo a la aventura que dentro de unos segundos iban a emprender. Pero no podían evitar la inquietud que todo ser humano experimenta ante lo desconocido.

Y llegó la hora. Todos los hombres se agruparon en la plataforma desde la que partirían con rumbo a su objetivo.

Helia se situó tras el proyector y con su dedo índice acarició levemente el pulsador que pondría en marcha aquel aparato.

Su apariencia era inofensiva. Estaba formado por una especie de trípode de un metal brillante que sostenía en su parte alta un gran cono cuya base miraba hacia adelante. El exterior de este cono estaba pintado de negro, mientras que su parte interna parecía estar

recubierta por un espejo. En el fondo de aquel embudo se entrecruzaba una nutrida red de alambres, no más gruesos que un cabello, que se enrollaban formando espiras helicoidales.

Helia miró su reloj, y con un leve estremecimiento anunció:

—¡Atención, faltan tres segundos! ¡Preparaos!

Los seis terrestres se pusieron rígidos. Todos los músculos de sus cuerpos se pusieron tensos. Las mandíbulas se encajaron con fuerza y sus manos apretaron las armas instintivamente.

El afilado dedo de Helia se acercó con lentitud al conmutador, miró a los hombres y con un suspiro presionó el interruptor.

La red de muellecitos que había en el fondo del gran embudo empezó a lanzar débiles destellos y en pocos segundos adquirieron tal fuerza lumínica que anularon la luz solar. En seguida, de las paredes internas empezaron a brotar una especie de ondas luminosas que en círculos concéntricos fueron hacia el grupo de hombres situados en la plataforma.

Aquellas ondas tomaron más vigor, se ensanchaban, se lanzaban hacia adelante con rapidez y su frecuencia aumentó hasta parecer que los círculos se escupían unos a otros con enorme potencia.

Entonces, Helia bajó su dedo unos centímetros, se detuvo durante una pequeña fracción de segundo sobre un pulsador verde y, en seguida, lo oprimió con fuerza.

El resultado fue instantáneo.

La potencia de aquellas ondas aumentó hasta centuplicarse. Las imágenes de los hombres comenzaron a distorsionarse, como si se les estuviera mirando a través de unos prismáticos mal graduados. Las figuras se deformaron en todas direcciones, como si en los átomos que integraban aquellos cuerpos se hubiese declarado una total anarquía. Luego, sus siluetas se fueron difuminando y al segundo siguiente…

La plataforma estaba vacía. Los seis hombres que unos segundos permanecían allí, habían desparecido.

Como para atestiguar que todo aquello no era una ilusión, en la plataforma habían quedado, como si fuese una fotografía, las siluetas de todos ellos.

Ivy y Helia miraron por unos momentos las imágenes de los hombres que amaban y, sin una palabra, se abrazaron sollozantes.

Pero su debilidad duró poco tiempo. Las dos estaban dotadas de un magnífico temple que les impedía abandonarse en brazos de la tristeza.

Helia fue la primera en reaccionar.

Se desasió dulcemente de Ivy y dándole unas palmaditas en las

mejillas le dijo:

—Llorando no les seremos útiles. Tenemos que apresurarnos. Sus vidas están en nuestras manos, y si nos dejamos abatir las pondremos en grave riesgo.

Las palabras de Helia hicieron reaccionar a Ivy. Se irguió en toda su estatura, y llena de decisión contestó:

—Tienes razón, Helia. Debemos ser fuertes y ayudarles en su heroica empresa. Ordena cuanto antes que nuestra nave sea lanzada en pos de ellos. Nos servirá de consuelo saber que así están menos distantes.

Helia siguió la indicación y unos minutos después la «Galachs», con ellas dos y una tripulación de varios hombres, surcaba las vírgenes rutas de la cuarta dimensión.

CAPÍTULO VIII

L[image]

os hombres empezaron a rebullirse como si acabaran de salir de un largo y profundo sueño.

Al principio miraron llenos de asombro el lugar donde se encontraban. No comprendían, el porqué de su presencia entre aquellas plantas.

Pero no tardaron en recordar el momento en que el proyector los sumió en aquel sueño, y a partir de este momento sus ideas fueron claras y precisas.

Dedujeron dónde se encontraban, aunque resultaba extraño que estuvieran materialmente sumergidos en un gran macizo de flores.

John les hizo señas para que guardaran silencio y asomó la cabeza, cautelosamente, por un extremo de aquel parterre.

Ante su vista se extendió un amplio parque lleno de plantas parecidas a las que vio en la «Chendra». Enarenados paseos se entrecruzaban formando caprichosas figuras geométricas.

Todo permanecía en el mayor silencio y en una semioscuridad que le satisfizo en extremo, haciéndole suponer que los arrsktoons, habitantes de aquel florido mundo estarían dedicados al descanso. Por ello, seguramente, había sido apagado su sol artificial, dejando aquella luz difusa que daba una apariencia irreal a las cosas.

Giró la cabeza hacia la derecha y, entonces, su corazón latió con mayor fuerza.

Frente a sí y a menos de cien metros vio una construcción que si no era la misma que por la pantalla vio ocupar al profesor Wood, era idéntica.

Procurando no hacer ruido se volvió a sus hombres y les dijo:

—Amigos míos, creo que el aparato que nos ha mandado aquí es maravilloso. No sólo nos ha enviado al mundo de los arrsktoons, sino que se ha preocupado de ponemos en un sitio a cubierto de miradas indiscretas y a menos de cien metros del profesor. Vamos a explorar esa casa por medio de las partículas ionizadas. ¡Sipson!, pon en marcha el emisor de nuestros diminutos exploradores y encárgate de que no quede ni un centímetro de ese edificio sin mirar. Mientras tanto, tú, Reeves, pon en marcha el emisor de más potencia y ayudado por Stone localizadme el sitio donde esta gente tiene las astronaves. Necesitaremos una para irnos y, si es posible, quisiera inutilizar las demás. Tú, Rawlin, averigua la frecuencia de emisión con que trabajan los dispositivos electrónicos de este mundo y procura interferirlos; en cuanto a ti, Chandler, preocúpate de vigilar atentamente y a la menor señal de peligro, dispara. Nos estamos jugando demasiadas cosas y no podemos andarnos con paños calientes.

Los aparatos empezaron a funcionar con imperceptible rumor.

El de Sipson no tardó en reflejar el interior de la casa.

Una tras otra fueron apareciendo habitaciones desocupadas. Con lentitud exasperante las ionizadas partículas escudriñaban todos los rincones. Al entrar en una nueva habitación, la nubecilla que formaban se diseminaba en todas direcciones. A veces, uno de aquellos minúsculos sabuesos encontraba algo que atraía la atención de sus electrones y éstos vibraban inquietos, como poseídos de un extraño nerviosismo. Entonces toda aquella nube se precipitaba a

aquel sitio y durante unos segundos escudriñaban con minuciosidad el lugar que había despertado la atención de su congénere. Luego, al desaparecer la alarma, la nubecilla volvía a disgregarse de nuevo y continuaba su metódico rastreo.

De esta manera transcurrieron diez minutos. Al final, cuando Lathers, que estaba pendiente de aquellas maniobras, comenzaba a desanimarse, las partículas se precipitaron en una dirección, como jauría de perros al olor de la caza.

Todas a un tiempo entraron en una habitación y en revuelto torbellino se agitaron inquietas sobre el cuerpo del profesor Wood. El científico permanecía sobre una cama y, según las apariencias, dormía profundamente.

La pantalla que Sipson tenía entre las manos comenzó a despedir débiles centelleos, como si transmitiera el júbilo de los sabuesos ionizados que rodeaban el rostro grave del profesor.

John ordenó a Sipson apagar el emisor. Obedeció éste y toda la nube cayó sobre el profesor, quedando inmóvil. Allí quedarían, en espera de que su cerebro, el emisor que dirigía Sipson, volviera a darle órdenes.

Mientras tanto, Reeves concentraba toda su atención en el aparato que manejaba. Era de las mismas características que el de Sipson, pero de mayor tamaño y potencia. La nube de partículas que mandaba eran de mayor volumen y por ello abarcaba más extensión.

En aquel momento iba reflejando su pantalla una serie de edificios y calles.

—Elévalas a mayor altura—ordenó John—. Así nos darán una visión más amplia.

Reeves obedeció y las imágenes de la pantalla se empequeñecieron, aumentando la panorámica.

Pasaron lentos los minutos…

—Imprímeles mayor rapidez—volvió a ordenar John—. Hemos localizado al profesor y no podemos perder demasiado tiempo. Voy a encargarme de sacarlo de la casa; creo que tardaré unos seis minutos. Procura que para entonces estén localizadas esas astronaves. De lo contrario…

No terminó la frase. No hacía falta. Reeves sabía de sobra que los minutos tenían un valor incalculable.

—Sipson, vuelve a poner en marcha el emisor y cuando te avise haz funcionar el dispositivo de onda corta para hipnosis. No podemos arriesgarnos a entrar en esa casa. Seguramente tendrá algunos dispositivos de alarma que nos detectarían. Prefiero que el profesor

salga, y confío en que no hayan tomado demasiadas precauciones por considerar imposible una fuga.

El aparato entró de nuevo en funciones y las partículas revolotearon de nuevo como un enjambre alrededor de su colmena.

Al conectar las ondas hipnóticas, el profesor se agitó levemente durante unos segundos. Después pareció que su inquietud había desparecido; se quedó quieto y su respiración disminuyó de volumen e intensidad. Treinta segundos más y, con brusquedad desconcertante se le vio arrojarse del lecho, abrir los ojos vacíos de toda expresión y precedido por la nube de partículas se dirigió hacia la puerta.

Sin ninguna novedad abandonó la casa y, rectamente, se dirigió al sitio donde estaban John y sus hombres.

Con pasos de autómata, el profesor llegó al macizo de flores y se dejó caer entre sus compañeros.

John le tapó la boca con una mano y con la otra le indicó a Sipson que apagara el aparato.

El padre de Ivy se debatió con violencia entre los fuertes brazos de John y, por último, abrió los ojos. Una sorpresa sin límites se reflejó en su mirada cuando reconoció a Sipson y a los demás científicos que habían sido compañeros allá en la lejana N.1.O.3.

La alegría más profunda se apoderó de él, pero cuando su mirada se posó en Lathers, que aún lo sujetaba impidiéndole hablar, se trocó en un gesto de cólera.

Todos los hombres comprendieron aquel gesto. El profesor había creído que Lathers era un arrsktoons y, por tanto, un enemigo.

El muchacho le explicó quién era y lo que pretendía, y cuando el científico asintió con la cabeza en señal de haber comprendido, le soltó con la advertencia de que no hiciera ruido.

Entretanto, Reeves hacía funcionar su emisor sin conseguir hallar las deseadas astronaves.

—John, no consigo encontrar el sitio donde están las astronaves.

—Yo sé dónde están—dijo el padre de Ivy—. Pero creo que será imposible llegar a ellas. Están muy bien protegidas. Ese aparato que maneja Reeves me es desconocido, pero he visto algunos parecidos aquí y sé que no pueden atravesar la barrera de energía que tienen establecida. Esto es una especie de planeta artificial, su figura es esférica y está dividida en dos mitades iguales por un plano que es el suelo. Sobre él están construidos los edificios que vemos. De aquí para arriba está ese cielo artificial. Debajo del suelo, que tendrá un grueso de varios metros, están instalados los laboratorios de experimentación, las fábricas que generan fuerza, luz, calor y energía para abastecer

este mundo, y en un sector, completamente aislado de esta especie de sótano se encuentran las astronaves, Para llegar a ellas no existe más que una puerta y ésta se halla en el palacio del gobernador. En este palacio no hay ninguna guardia. Al menos la clase de guardias que conocemos en la Tierra. Podríamos entrar en el palacio, incluso llegar a la misma puerta que da acceso a las naves, pero de aquí no pasaríamos. Tropezaríamos con la barrera de que les he hablado. Para franquearla están dos robots. Tienen una apariencia muy semejante a la humana, pero los rige un cerebro positrónico. Estos robots emiten unas ondas de frecuencia ignorada que neutralizan el dispositivo de la barrera, dejando el paso libre. Pero estos centinelas se rigen por un circuito fotoeléctrico y, por tanto, sólo dejan el paso libre a los comandantes de las astronaves. Seguramente tienen registrada la fisonomía de estos hombres y sólo uno de ellos los puede hacer funcionar.

Los hombres se miraron desconcertados. Por las explicaciones que acaban de escuchar, comprendieron que sería poco menos que imposible el apoderarse de una de aquellas astronaves y, sin ella, jamás podrían abandonar aquel planeta en el que se habían introducido.

—Amigos, tenemos que salir de aquí. Nuestra misión lo exige. Vinimos para rescatar al profesor y no podemos fracasar. No es el primer obstáculo que se nos presenta; venceremos éste como hemos vencido los anteriores. De momento iremos a casa de ese gobernador y probaremos a entrar. Poneos en fila india y seguidme en silencio. Os prometo que de una u otra forma saldremos de aquí.

John salió de entre las plantas que hasta entonces los habían protegido y junto con el profesor empezaron a caminar rápidamente.

Todos los hombres le siguieron. Marchaban encorvados, mirando a todos sitios con desconfianza y las armas a punto.

Cuando salieron del parque, caminaron pegados a las fachadas de los edificios, aunque observaron con disgusto que esto no los protegía de miradas indiscretas. Aquella tenue luz que habían visto al principio, parecía salir de todos sitios a la vez y no dejaba ningún sitio en sombras.

Durante una hora caminaron sin ningún contratiempo y, al doblar una esquina, desembocaron en una gran plaza.

En su centro se erguía, solitario, un majestuoso edificio. El profesor lo señaló con su mano y dijo:

—Ese es el palacio del gobernador.

Los trescientos metros que los separaban de la casa fueron cubiertos a la carrera.

La puerta estaba abierta y la atravesaron a toda marcha, entrando en una enorme habitación hasta que llegaron a una puerta de enormes dimensiones que fue abierta sin dificultades.

Todos la atravesaron sin titubeos. La habitación en que se hallaban ahora era de inmensas proporciones y estaba brillantemente iluminada.

A pocos metros de la puerta que habían atravesado había, una especie de baranda metálica con una abertura en el centro que dejaba un pasillo de dos metros de ancho. Y a cada lado de este pasillo había dos extraños centinelas que hicieron detenerse a toda la comitiva.

Su apariencia era la de dos seres humanos. Pero algo en su actitud demostraba su procedencia mecánica. Comprendieron que estaban en presencia de los dos robots que el profesor les había anunciado, y sin saber por qué sintieron un extraño escalofrío que recorría su espalda.

Sin embargo, «aquello» no se movió ni hizo el menor ademán de ataque. Siguieron guardando una completa inmovilidad.

El profesor alargó su mano derecha e indicó el fondo de la sala. Todas las miradas siguieron aquella dirección y vieron una especie de cabina sin puerta que albergaba un ascensor.

-—Aquel aparato es el que conduce a las astronaves—dijo el padre de Ivy—. Pero aquella puerta, sin protección aparente, es la que no podremos franquear. Está cubierta con la cortina de energía que ya les dije.

John se acercó, cautelosamente, a los robots. En sus manos empuñaba con firmeza el desintegrador, dispuesto a usarlo si se producía alguna señal de peligro.

Con lentitud llegó a situarse entre las dos máquinas y las observó con recelo.

Seguían en la misma inmovilidad, pero en sus ojos, parecidos a los humanos, se encendieron extraños fulgores.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de John. Pero se tranquilizó un tanto al ver que aquel extraño fuego se extinguió tan de repente como había aparecido.

Decidido, rebasó a los mecánicos centinelas, que no hicieron el menor movimiento.

Los demás hombres avanzaron, decididos también, al comprobar que no sucedía nada alarmante.

El pelirrojo se situó de dos zancadas ante la misteriosa puerta e impulsivamente adelantó la cabeza, con el evidente propósito de echar un vistazo al interior de la cabina.

Pero su movimiento se vio detenido con brusquedad. Algo chocó

contra su frente. Aquello era elástico y no produjo ruido de choque. Sin embargo, frenó su movimiento con la misma eficacia que si se tratara de una pared.

Rawlin se volvió con una expresión desolada.

—¡Diablos, John! Ahí hay una cosa...

No terminó la frase. Rabiosamente dio media vuelta y con todas sus fuerzas descargó un golpe con la culata del desintegrador.

Luego pareció como si se hubiese vuelto loco.

Con todas sus fuerzas empezó a descargar una lluvia de culatazos.

Parecía que aquellos golpes se perdían en el vacío. Pero esto sólo era en apariencia. Los golpes los paraba algo. Algo tan resistente que los terribles culatazos no le causaban el menor efecto.

Aquella cosa que el profesor había descrito como una barrera de energía, no acusaba el menor estremecimiento ni producía ninguna clase de ruido.

—Es inútil que te canses, Rawlin—dijo el padre de Ivy—. Podrías estar golpeando durante toda tu vida sin conseguir nada. Esa barrera sólo podrán franquearla esos robots y no la harán sin la presencia de alguna de las personas que sus cerebros positrónicos tienen registradas.

—Es preciso hacer algo—exclamó John—. ¿Cree usted, profesor, que destruyendo esos muñecos dejaremos el paso expedito?

—¡Hum! Creo todo lo contrario. Esa cortina de energía la suministran desde abajo—indicó hacia el suelo—. Estos muñecos, como usted los llama, no hacen más que ordenar, por medio de su circuito, que cese la barrera. Si los destruimos, no haremos otra cosa que dejar la puerta cerrada para nosotros y los arrsktoons.

—Tenemos aquí un pequeño interceptor—dijo Stone—. ¿No podríamos intentar apoderamos de la frecuencia de esos armatostes, profesor?

—No sé—dudó el científico—. De todas formas habrá que intentarlo. No creo que haya otra solución.

—Adelante, pues—autorizó Lathers.

Stone puso en manos del profesor un aparato enfundado en un estuche de cuero. Luego se aproximaron a los robots y, situándose a un metro escaso, desenfundaron el aparato, que resultó ser una miniatura del que había instalado en la «Ivy II».

El profesor sacó las dos barritas a modo de antenas y, tras hacer unas conexiones, advirtió:

—Si conseguimos inutilizarlos, habrá que darse prisa. La alarma se producirá indefectiblemente.

—Hay que correr el riesgo—contestó Lathers—. ¡Adelante y dese prisa!

El padre de Ivy dio media vuelta al interruptor e instantáneamente las dos antenas comenzaron a lanzar chispas.

Los hombres las miraban con profunda ansiedad.

De aquellos rayitos que, juguetones, saltaban de una a otra varilla, dependía su libertad. El éxito o el fracaso de su misión.

Todos sus músculos estaban en tensión y apretaban los dientes con rabia.

Habían vencido obstáculos que parecían imposibles de superar. Habían llegado casi al final de su empresa y, ahora, a punto de conseguir la victoria, cuando ya la tocaban, aquellos malditos robots les oponían un obstáculo invencible.

La idea de ser derrotados por dos máquinas insensibles se les hacía insoportable.

Gruesas gotas de sudor cubrían los rostros; las respiraciones eran contenidos jadeos.

Mientras tanto, las chispas eléctricas saltaban de una barra a otra con velocidad increíble.

El interceptor trabajaba a toda su potencia. Su amperímetro había sido hasta aquel momento una redonda pista, donde la aguja había estado bailando un alocado «rock and roll». Luego se había incrustado en el final de la graduada esfera y allí permanecía estremeciéndose convulsivamente.

El profesor comprendió que el interceptor había llegado al límite de su potencial.

De un manotazo se limpió el sudor que bañaba su rostro y echó una mirada a los robots.

El desaliento se apoderó de él. Los dos robots permanecían tan impasibles como siempre, si acaso un ligerísimo temblor, casi imperceptible, los agitaba de vez en vez.

Levantó sus ojos y con lentitud fue mirando a todos aquellos hombres que le miraban llenos de ansiedad.

Todos comprendieron el significado de aquella mirada y fueron bajando la cabeza resignadamente.

Un silencio de malos presagios se apoderó de todos.

Pero de pronto…

De los labios del profesor se escapó una ahogada exclamación, y con una rapidez impropia de sus años se abalanzó sobre Reeves.

El segundo de la «Ivy» se hizo atrás. Durante un instante temió

que el científico era víctima de un ataque de locura.

Pero no había tal cosa. El padre de Ivy estaba perfectamente cuerdo y lo único que pretendía era apoderarse del aparato emisor de partículas que Reeves sostenía en la mano.

De un tirón se apoderó de él y lleno de nerviosismo se acercó al interceptor, que aún seguía funcionando.

A partir de aquel momento, los dedos del profesor funcionaron con frenesí. Apagó y desconectó el inútil interceptor. Desmontó una coraza que tenía en su parte posterior, luego abrió el emisor de partículas y cogiendo un destornillador y unos trozos de cordón eléctrico, empezó a unir cables.

Pocos minutos más y los dos aparatos estaban íntimamente ligados por una red de hilos.

Entonces el profesor hizo una pausa, miró atentamente el trabajo que había hecho y, apretando el interruptor, puso en marcha el aparato.

Desde el primer momento, las chispas saltaron con fuerza.

Poco a poco, fueron alargándose más y más. El temblor de los dos centinelas aumentó hasta convertirse en algo parecido a convulsiones epilépticas.

Por último, cuando las dos chispas, se fundieron en una sola línea, los ojos de los robots, fulgieron con verdosos tonos.

El padre de Ivy se puso en pie y con expresión jubilosa, señaló al ascensor.

Todos se precipitaron dentro de la cabina, sin que esta vez les detuviera la invisible barrera.

—¡Dispare, pronto! ¡Dispare contra el interceptor!—gritó el padre de Ivy.

John puso su desintegrador en posición y sin pensarlo hizo varios disparos.

Del sitio donde estaban colocados los dos aparatos, brotó una llamarada deslumbrante y cuando ésta cesó, el interceptor había desaparecido.

Los ojos de los robots empezaron a lanzar rayos amarillentos, como si estuviesen poseídos de una cólera inmensa.

El profesor Wood se apoderó del arma que tenía Chandler y empezó a disparar sobre los mecánicos centinelas desintegrándolos.

Luego, los disparos perdieron eficacia. La cortina de energía cerraba el paso de nuevo.

—Ahora ya no podrán seguimos.

El ascensor fue puesto en marcha y en pocos segundos los llevó a las profundidades de aquel mundo.

Al abandonarlo, se encontraron en una inmensa sala.

Infinidad de astronaves aparecieron ante sus ojos. La iluminación era perfecta. Una de las paredes de la sala estaba formada por aquella materia transparente que constituía la envoltura de aquel mundo. Varias astronaves se encontraban en aquel lado, junto a una especie de compartimento estanco.

John se dirigió a una que estaba dentro de aquel compartimento y abriendo la escotilla, ordenó:

—Reeves. Toma el mando. Que cada hombre ocupe sus puestos. Chandler, que te acompañe el profesor y reconozca las armas que tiene esta lata de sardinas, creo que las vamos a necesitar. Stone, mira a ver cómo se abre ese compartimento para salir al exterior. Una vez que hayamos abandonado esto, no quiero que lo cierres. Es preferible dejarlo abierto, así no podrán entrar hasta que se provean de trajes y escafandras. ¡Vamos, de prisa, cada uno a su sitio!

Unos segundos más tarde, Reeves le anunció que la astronave estaba dispuesta para la marcha.

Lathers se introdujo en ella y mientras cerraban la escotilla, Stone le comunicó que el camino hacia el éter estaba expedito.

Pero Stone estaba equivocado. En el momento en que la nave empezó a elevarse sobre el suelo, algo la atrajo, con fuerza irresistible, clavándola en el mismo sitio en que había estado.

—Lo que me temía—exclamó el profesor—. Hay un cuadro de mandos en una sala situada al otro lado de aquella pared. Desde allí han debido poner en marcha algo que nos retiene.

Se interrumpió un momento y miró al exterior de aquel mundo.

Infinidad de saetas luminosas recorrían el espacio en todas direcciones, dibujando extraños arabescos en la oscuridad.

—Es mejor que no salgamos—continuó el profesor—. Esas agujas de fuego nos destruirían inmediatamente. No hay forma de evadirlas; las he visto actuar y persiguen su objetivo hasta que le dan alcance y lo destruyen.

—Entonces haremos uso del armamento de esta nave y destruiremos toda esa fuente de energía que controlan. ¿Está seguro de que es allí donde está situado ese cuadro de mandos? —preguntó John.

—Sí, tras aquella pared. Pero no podemos hacer nada. Las armas de la nave han quedado inutilizadas también.

—Pues veamos si han quedado en buen uso nuestras granadas.

Stone, abre la escotilla, voy a salir.

El aludido obedeció y cuando John descendió de nuevo a la sala, le siguió.

Los dos hombres se miraron un largo segundo y luego desenfundaron sus pistolas disparando a un mismo tiempo.

El resultado fue alucinante.

Toda aquella pared desapareció convertida en remolinos de polvo. Luego, un enorme agujero apareció ante la vista de los dos hombres y a través de él vieron a varios hombres que los miraban aterrorizados.

Los dos terrestres sustituyeron las pistolas lanzagranadas por los desintegradores y, corriendo hacia sus enemigos, empezaron a disparar a toda velocidad.

En pocos segundos las armas atómicas crearon un espantoso caos.

Hombres y máquinas empezaron a disgregarse. Las paredes, horadadas por inmensos agujeros, empezaron a derrumbarse con gran estrépito. Ingentes nubes de polvo lo invadieron todo creando una escena de pesadilla.

En pocos segundos toda aquella parte había quedado reducida a polvo impalpable. Ningún resto de vida alentaba allí.

Chandler les llamó desde la astronave, anunciándoles que la misteriosa fuerza que los retenía, había desaparecido.

Los dos hombres corrieron hacia la nave y de un salto se introdujeron en ella.

Stone cerró la escotilla a toda velocidad y la astronave se lanzó al espacio.

Ya era tiempo.

En aquel momento, el lugar en que había reposado pareció derretirse. Desde algún lugar ignorado, los arsktoons habían empezado a disparar contra ellos.

A una velocidad de doscientos mil kilómetros por hora abandonaron aquel planeta artificial, poniendo rumbo al punto en que la «Galachs» les estaría esperando.

Pero sus enemigos no se dieron por vencidos. Las saetas que antes habían observado, estaban ahora sustituidas por centenares de astronaves, que desde otras esferas venían a su encuentro.

Lathers ordenó acelerar la velocidad y en compañía del profesor se dirigió a la cabina que ocupaba Chandler.

Los tres se dedicaron a preparar las armas afanosamente con vistas a una defensa desesperada.

Pero esta circunstancia no se dio.

Las astronaves que les perseguían eran de las mismas características que las que los conducía a ellos y la ventaja inicial no decreció.

Lathers albergaba el temor de que al llegar a la altura de la «Galachs», Helia no estuviera preparada para proyectarlos a Marte.

En aquel caso, sus esperanzas habrían terminado. Sería imposible defenderse de aquel enjambre rabioso que los perseguía.

Sus temores resultaron infundados.

Las dos muchachas estaban pendientes del super-radar y desde el momento en que abandonaron la esfera donde el profesor había estado prisionero, no los habían perdido de vista.

Por ello cuando la nave que mandaba Lathers, estuvo a una distancia conveniente, fueron enfocados con el proyector de la cuarta dimensión y sin que los terrestres se apercibieran de ello, dejaron a sus enemigos desconcertados, ante su repentina desaparición.

EPÍLOGO

Esta es la relación de todo lo que nos ha sucedido en el transcurso de esta expedición que he tenido el honor de dirigir. Concluyó Lathers, dirigiéndose al director de la F.I.D.E.

La entrevista tenía lugar en el despacho particular que míster Frank Wesley tenía en la base secreta llamada N.l.0.3.

El director de la organización sonrió ampliamente y tendiendo la diestra al muchacho, dijo:

—Sabía que usted vencería la prueba y nos devolvería al profesor. Pero, con franqueza, lo que no esperé nunca es que viniera en compañía del señor Deuros y la señorita Helia. El primero, en calidad del Embajador de esa confederación planetaria de que me ha hablado y la segunda, como futura esposa del señor Rawlin. En fin, creo que esto constituirá un gran paso para la unión de nuestro mundo con esa hermosa confederación. Ahora sólo me intriga el motivo que tuvieron los arrsktoons para raptar al profesor.

—Motivos, en realidad—contestó el mismo profesor que se hallaba presente—, no los hubo hasta el momento en que fui lanzado al espacio. De haberme dejado en libertad, yo hubiera entrado en contacto con la confederación de nuestro sistema planetario, tal como ha sucedido al señor Lathers. Este encuentro hubiese aclarado todas nuestras dudas y hubiese acelerado nuestra alianza. De ocurrir esto, la invasión que los arrsktoons tenían proyectada a nuestro planeta hubiese fracasado. Así que decidieron raptarme y con ello soslayar todos los obstáculos.

—Bien, señor Lathers, esto le hace acreedor de un ascenso y de

una condecoración. Será la primera medalla que la F.I.D.E. otorgue.

—Yo, en cambio, señor Wesley cambiaría todo eso por un buen permiso que necesito para casarme.

—¡Diablos!—exclamó el señor Wesley riendo bonachonamente—. ¿Usted también se ha traído alguna bella marciana?

—No, señor. Mi futura esposa es cierto polizón del que ya le hablé al principio de mi relato.

—¡Caramba! Había olvidado eso. Donals—se dirigió a su secretario—, haga venir a la señorita Wood.

Paul Donals regresó a los pocos segundos con Ivy.

—Pase usted, señorita—dijo míster Wesley.

La muchacha miró la expresión grave que campeaba en el rostro del director de la F.I.D.E. y se acercó cohibida.

—Señorita Wood. Usted forma parte de nuestra organización. Es un miembro más de ella. Conoce nuestro reglamento y al introducirse en la «Ivy II» sin autorización, sabía perfectamente que estaba cometiendo una gravísima falta. Una falta que yo me veo en la necesidad de sancionar severamente.

Míster Wesley hizo una pausa y miró a todos los presentes. Luego se encaró de nuevo con la encogida Ivy y prosiguió:

—En el plazo de veinticuatro horas tiene que abandonar esta base…

—Míster Wesley yo… yo quisiera…

—No admito excusas, señorita—interrumpió el director de la F.I.D.E.—. Mañana abandonará N.l.0.3. Pero antes yo seré el padrino de su boda.

Se casará hoy mismo con míster Lathers y… antes de dos meses, no quiero verlos por aquí.

Las últimas palabras no las oyeron los dos jóvenes. Ivy se había precipitado en los brazos de Jhon y ambos estaban muy ocupados besándose apasionadamente.

F I N

INDICE (novela original)

I Capítulo 3
II 21
III 37
IV 57
V 77
VI 83
VII 96
VIII 102
Epílogo 121

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL **VALENCIANA**

De las remotas tierras inexploradas, donde se suponen refugiados los últimos dioses africanos que huyeron de la invasión de los blancos, oleadas de misteriosos «platillos volantes» atacan al mundo con nubes de bacterias.

¿De dónde proceden esos aparatos y quién los tripula?

¿Acaso la fantasía de Wells lleva camino de realizarse y son los marcianos quienes se disponen a invadir la Tierra?

¡No! Parte de ese misterio quedará aclarado gracias a la pericia y el valor personal de un piloto norteamericano que será el primer hombre que derribe un platillo volante. ¿Y después?

"EL NUEVO PODER"

apasionante relato de

VAN S. SMITH

nos sitúa en el mundo actual agitado de problemas raciales, y convierte esta fantasía en un hecho que bien podría acaecer hoy, o mañana... o nunca.

Un verdadero deleite para los lectores, que se publicará en el próximo número de esta interesantísima

Colección Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas